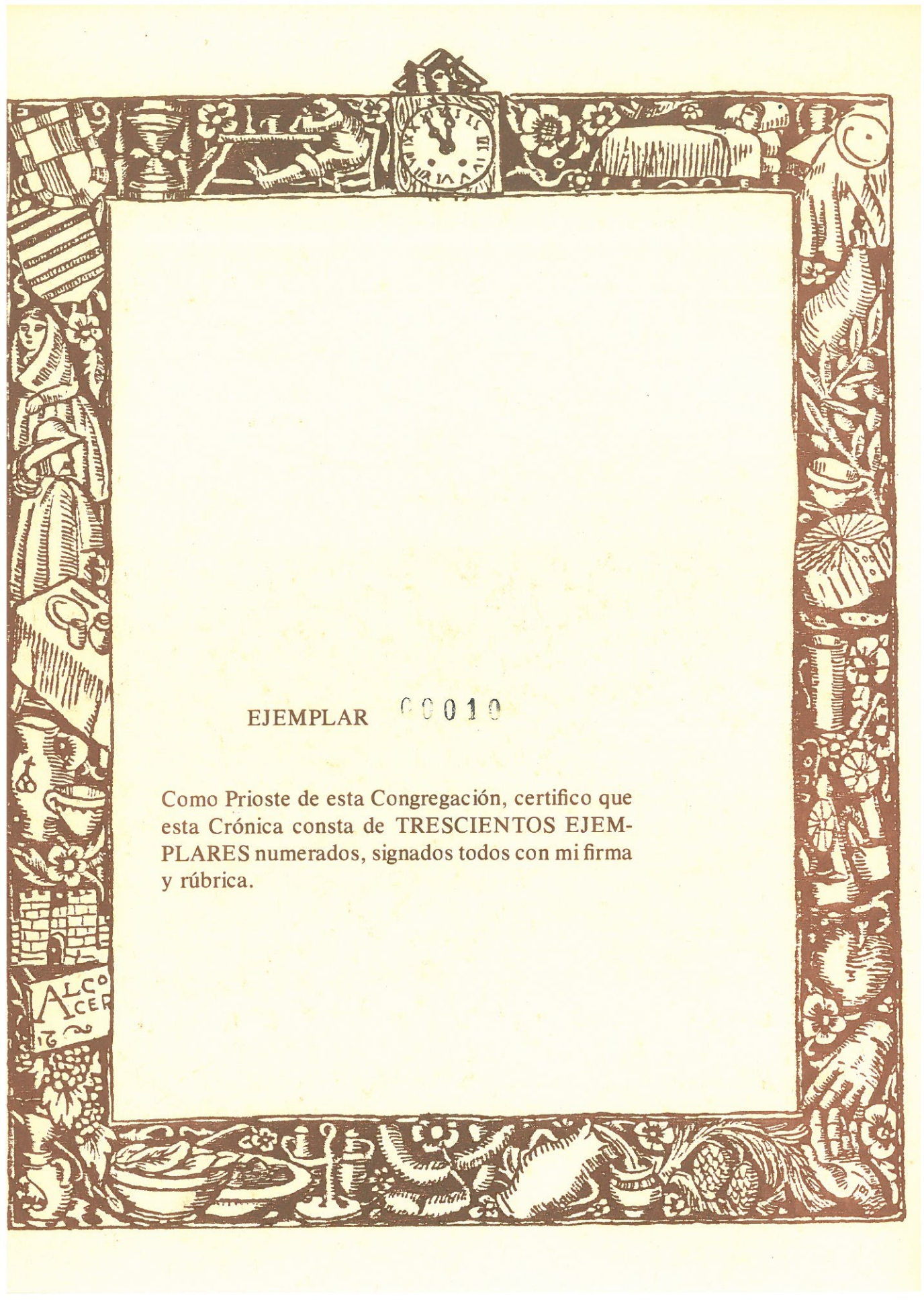


CRONICA DE LA
"CENA JOCOSA"
DE 1981



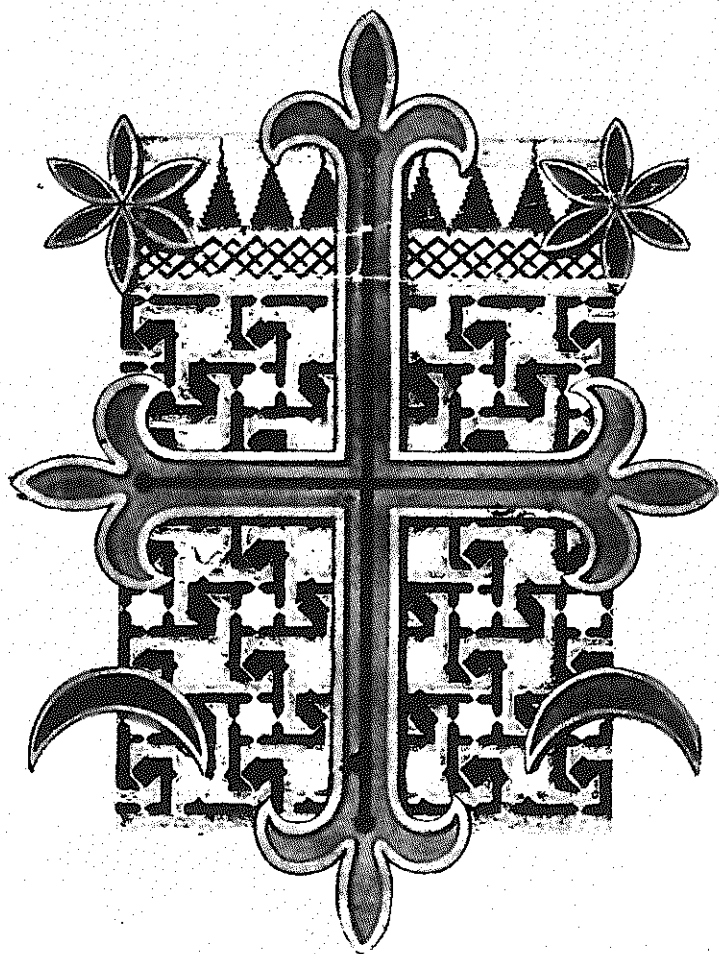
AMIGOS DE SAN ANTON

JAEN



EJEMPLAR 00010

Como Prioste de esta Congregación, certifico que esta Crónica consta de TRESCIENTOS EJEMPLARES numerados, signados todos con mi firma y rúbrica.



Crónica de una muy famosa cena, que *Los "Amigos de San Antón"* celebraron en la noche del 24 de Noviembre de 1981, víspera de Santa Catalina, mártir, en la casa palacio de su cofrade, don Juan Castellano de Dios, sita en la calle del Príncipe Alfonso (vulgo, "De los Muertos"), número 8.



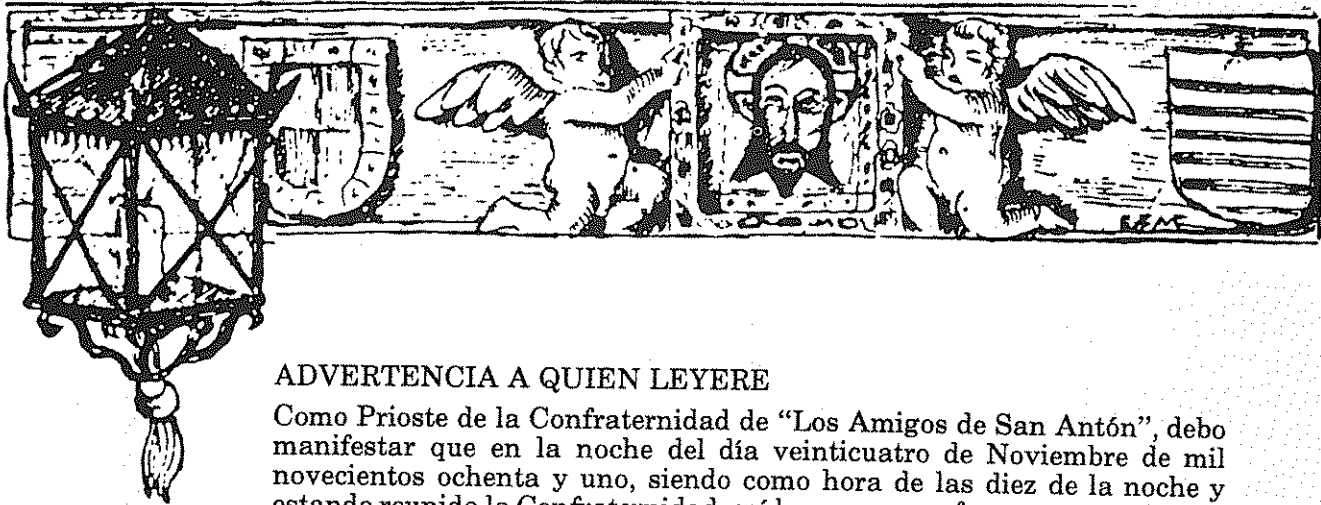
SUMA DEL PRIVILEGIO, LICENCIA Y CENSURA.

Por esta cédula, despachada en Jaén, a dieciséis días del mes de Enero de mil novecientos ochenta y dos, se concede al M. I. SR. DON MANUEL CABALLERO VENZALA, Canónigo de la S. I. Catedral, Licenciado en Derecho y Académico de la Real de la Historia, PRIVILEGIO Y LICENCIA, para que pueda imprimir la presente CRONICA, atento a que como Prior del Sagrario, de esta muy noble ciudad y devoto hermano terciario del bendito San Antón, la dicha CRONICA, no solo ha sido escrita con toda puntualidad y esmero, sino que en su momento fue favorablemente informada y censurada, por lo que gustosamente se le otorga licencia de impresión y privilegio por un año.

SUMA DE LA TASA

Tasaron los señores de la Congregación esta CRONICA, en reales por página, lo que hacen reales por ejemplar, según más largamente consta por certificación expedida por el Administrador de caudales de la Confraternidad de "Los Amigos de San Antón", en el día del Señor San Lucas, del presente año de gracia.





ADVERTENCIA A QUIEN LEYERE

Como Prioste de la Confraternidad de "Los Amigos de San Antón", debo manifestar que en la noche del día veinticuatro de Noviembre de mil novecientos ochenta y uno, siendo como hora de las diez de la noche y estando reunida la Confraternidad, así hermanos profesos como terciarios, en una discreta bodeguilla de la casa número ocho de la Calle del Príncipe Alfonso, por mandato de la Confraternidad, leí cierto papel, cuyo tenor es el siguiente:

En Cabildo celebrado por la Confraternidad "Amigos de San Antón" el día tres de noviembre de mil novecientos ochenta y uno, en la estancia principal del Arco de San Lorenzo, de Jaén, entre otros acuerdos se adoptó el siguiente:

"Vistas las muy cualificadas circunstancias que concurren en Sr. Prior de la Collación de Santa María de esta ciudad de Jaén y Prebendado de su Santa Iglesia Catedral, Muy Ilustre Señor Don Manuel Caballero Venzalá, acuerdan unánimemente comunicarle su deseo de que sea el Cronista, que a su propio y peculiar estilo, describa las incidencias de nuestra singular Cena de Santa Catalina de 1981, debiendo ser ésta, una exacta y fiel reproducción de cuanto en ella aconteciere".

Dado en la ciudad de Jaén, a veinte y dos días del año de gracia de mil novecientos ochenta y uno.

Y una vez leído, mandé levantar al hermano terciario D. MANUEL CABALLERO VENZALA, al que hice, con la solemnidad debida la pregunta de rigor:

-Muy Ilustre Señor Don Manuel Caballero Venzalá, ¿sois conforme en redactar con fiel exactitud, todas cuantas cosas viéreis y oyéreis en el desarrollo de esta Cena de Santa Catalina...?

A lo cual, el tal Don Manuel respondió entonadamente:

-Sí, lo soy.

A lo que yo, como Prioste, manifesté:

-Os agradecemos complacidos la aceptación y os exhortamos y encarecemos que lo hagáis con el agrado y galanadura que os caracteriza, entregándoos para ello recado de escribir, para que sin dilación ni demora alguna comencéis el encargo.

Aceptó el recado y luego recibió las noragüenas y parabienes de los concurrentes a la bodeguilla.

Y por ser de conveniencia y utilidad, yo el Prioste, pongo aquí este testimonio para conocimiento de quien leyere.



Asistentes a la Cena

Comenzando desde la izquierda: José María Pardo Crespo.- Diego Jerez Justicia.- Alfonso Parras Vilchez.- Juan Miguel Jiménez Díaz.- Pablo Castillo García-Negrete.- José Casañas Llagostera.- Manuel López Pérez.- Francisco Cerezo Moreno.- Manuel Caballero Venzalá.- Francisco Olivares Barragán.- Miguel Calvo Morillo.- Vicente Oya Rodríguez.- Luis Armenteros Basterrechea.- Fernando Lorite García.- Pedro Casañas Llagostera.- Julio Puga Romero.- Juan Castellano de Dios.- Manuel Elías Carrasco.- Antonio Casañas Llagostera.- Rafael Ortega Sagrista.- Luis Berges Roldán. (Aunque no figura en la fotografía, también asistió Fermín Palma Rodríguez).

CENA JOCOSA 1981

*En el nome del Padre que creó toda cosa,
e de Iesu Christo, Fijo de la Gloriosa,
e del Spiritu Sancto, quen toda alma posa. Amen.*

Aquí comienza la Chorónica de la cena que hicieron los Caualleros formados en Confraternidad de "Amigos de Sant Antón", e honrados omes allegados a ella, en esta ciudad de Iaen a veynticuatro días del mes de nouiembre de la grazia de ntro. Saluador de mill e nueuecientos e ochenta e uno, en muncha honra de Sr^a. Sancta Catherina de Alexandria, en casa octaua de la calle del mui alto prencipe don Alphonso della collación de sancta María desta mesma cibdad Guarda e defendimiento dellos reynos de Castilla...

Habiendo determinado la Venerable Confraternidad de "Amigos de San Antón", en reunión de Cabildo, celebrada el 3 de Noviembre de 1981 en la estancia principal del Arco de San Lorenzo, de esta ciudad, conferirme el honor de relatar las incidencias de esta Cena Jocosa, y habiéndome entregado el oportuno recado de escribir, acepto la responsabilidad de mi cargo con el mismo ánimo que le hizo al buen Pedro Ordóñez de Ceballos, autor de la *Historia de la antigua y continuada nobleza de la ciudad de Jaén*, tomar para sí el sobrenombre de "el Clérigo Agradecido". Que el Señor me dé luces para poder trasladar con fidelidad lo que en esta noche el ingenio y gentileza de tan esclarecidos varones nos deparen.

Estamos en el día 24 de Noviembre de 1981. Las altas campanas de la Catedral acaban de dar en las cerradas puertas de la noche sus diez golpes.

La Confraternidad se encuentra reunida en la casa de ese miembro de la misma y entrañable amigo que se llama Juan Castellano de Dios, un viejo palacio del siglo XVIII, de la calle Príncipe Alfonso del que después hará una detallada descripción Manolo López Pérez, con la galanura que acostumbra.

Todos nos encontramos cálidamente acogidos en este hogar que respira cordialidad por sus cuatro costados.

Aunque estamos en la popularmente llamada calle de los Muertos, percibimos claramente, que los habitantes de esta antañona casa pertenecen a esa clase de gentes que viven con una fe ciega en la amistad y un amor indeclinable al viejo Jaén, esa noble ciudad que se nos escapa martirizada a golpes de desidia.

En el ambiente que llena la casa, flota la gran verdad: el amor es más fuerte que la muerte... La sonrisa amplia y bonachona de Juan y la serena luz que envuelve el más leve gesto de su esposa Conchita, son un testimonio de ello. Realmente es gratificante para todos esta primera sensación. El Clérigo Agradecido siente en el fondo de su alma desvanecerse amargas sombras interiores y calibra en silencio este milagro de unión y trabajo, que ha hecho posible el rescate de esta parcela del viejo Jaén.

Este año -¡loado sea Dios...!- estamos todos. No tenemos que lamentar, como en otras ocasiones, la ausencia de Fermín Palma, tan embarullado siempre en Congresos de Medicina, o en atenciones de quirófano. Y también este año, otro médico, Diego Jerez Justicia, se incorpora a este grupo que, entre visperas y maitines, celebra jubilosamente a la Santa de Alejandría.

Llegados los últimos rezagados, cuyos nombres omitimos por mor de elemental discreción, pasamos a la bodega de la casa, donde vamos a tener la cena.

Entrar en una bodega es siempre algo excitante. Es bajar al cimientto, a lo más recóndito de la casa; al silencioso, oloroso y oscuro apéndice de la despensa...

En el parámetro de la hospitalidad, acceder a la bodega significa que las puertas se han abierto hasta el fondo. No ha quedado nada reservado, y sin gestos grandilocuentes, se manifiesta la total disponibilidad.

Ciertamente, la bodega supera al salón en línea de intimidad. Aquel, siempre es frío, parece que está preparado para recibir de compromiso; la bodega invita a una cálida comunicación natural, totalmente desprovista de convencionalismos y trabacuentas sociales.

Por eso, con ánimo alborozado, nos sumergimos en la entraña misma de la casa, mientras arriba -¡muy arriba...!- unos angeles retozones agujerean el cielo y lo bordan de luceros.

Qué bodega tan admirable ésta de la casa de Juan Castellano, con sus paredes de caliente ladrillo y su fuego crepitante en días de matanza. Sobre nosotros, la bóveda de cañón parece empujarnos al mutuo coloquio. Los que vamos tomando asiento a lo largo de la extendida mesa, pronto nos sentimos dominados por un afejo duendecillo que desde antaño, desde el XVIII, venía habitando aquí y ahora ha recuperado su pasada lozanía.

La luz cabrillea en el recio vino de nuestros pagos y se tiñe de un verde profundo al incidir en las hermosas jarras que nos vienen de Ubeda. Se habla, se comenta de lo simple y de lo complicado, de lo divino y de lo humano; en fraternal camaradería, en comunión de pensar y de querer... Ahora no es tiempo de hurgar sobre naturales discrepancias, sino el momento de encontrar las coincidencias y de gozarse en ellas.

Un alegre rumor gorgotea en el pequeño espacio. De pronto, cabalgando sobre restos de palabras, yugulando la frase..., la campana del Prioste nos convoca al silencio. Y es entonces, cuando la voz pastosa y emocionada de Juan Castellano, en su oficio de anfitrión, nos dá la cortesía de su saludo. Hay un quiebro en su acento, cuando nos cuenta toda la carga de ilusiones vividas por él al reconstruir esta mansión... Y nos la ofrece con palabras de mucha alma, a golpes de corazón desnudo... Así dijo puntualmente:

Queridos amigos:

Durante el invierno de 1977 y primavera de 1978, nos reuníamos cuatro amigos, José María Pardo Crespo, Manuel López Pérez, José Ureña Castro y el que se dirige a vosotros, todos los martes de cada semana, y nos dedicábamos a deambular por ciertos sectores de nuestro Jaén antiguo, con el fin de contemplar sus monumentos, sus iglesias, sus palacios, sus bellas casonas y esas callejas morunas colmadas de



COMIENZO DE LA CENA
Sres. Ortega Sagrista, Palma Rodríguez, Castellano de Dios y Casañas
Llagostera - José.

embrujo y belleza. Pateamos San Miguel y pudimos comprobar como todavía quedan restos muy interesantes de la iglesia de este nombre y su abside, que está adosado a una casa colindante, se conserva en buenas condiciones. Lamentamos que por falta de conservación y de interés por las personas que regían los destinos de la iglesia en aquellos años, se derrumbara este edificio aunque se haya salvado su bella portada, obra de Vandelvira, que está instalada en el Museo Provincial de Bellas Artes de Jaén. Pedíamos permiso y contemplábamos modestos patios, llenos de flores y vimos que todavía quedan en los mismos restos de esbeltas columnas y artísticas zapatas que detentan la belleza que tuvieron estas casonas tiempo ha y que hoy día están muy reformadas. Entrañables nos resultaron nuestros paseos por la Cuesta de San Miguel, en donde en una modesta tienda de comestibles allí existente, nos comimos un bocadillo de jamón con vino de Montilla, que nos supo a gloria, así como por las calles Olmedo, Cuna, Uribes, del Telégrafo y otras, con rincones preciosos.

Visitamos el Hospital y de una manera especial su incomparable patio y hacíamos todos votos por su salvación cuando todavía se hallaba intacto y no había sido expoliado por manos irresponsables. También nos detuvimos en la iglesia de San Juan de Dios, anexa al Hospital, no pensando en aquellos momentos que llegarían días, andando el tiempo, en que manos impías cometerían robos y sacrilegios, causando destrozos que no llegaron a más gracias al celo e interés del cura párroco.

Gracia a familiares míos que a la sazón tenían su centro de trabajo en el Colegio de Santo Domingo, tuvimos oportunidad de visitar con detenimiento las distintas dependencias de este antiguo y bello edificio, y de manera muy especial su famoso patio y su iglesia que presentaba un aspecto similar al que ofrecían aquellas estampas de poblaciones bombardeadas durante la guerra. Sin embargo, José María Pardo nos aseguraba con su docto saber, que no estaba en ruina y lo que precisaba el edificio, en general, eran obras de consolidación y restauración. En la Magdalena, visitamos la iglesia de este nombre y el estanque. Por una parte veíamos con verdadera satisfacción las obras de restauración que se venían realizando con mucho acierto, pero al mismo tiempo nos lamentábamos de la apertura de una nueva puerta para salir a la Plaza por entender que desfiguraba la fachada y no correspondía al estilo que predomina en este edificio. El estanque, con estampas bellísimas, desde distintos ángulos del mismo, estaba todavía muy falto de obras para su terminación. Fue una delicia nuestro paseo por las calles Magdalena Baja y Alta, Puerta de Martos, Vacas, Zumbajarros, Peñuelas, Hornos Mires, Hospitalico, Arquillos, Empedrada de la Magdalena, Corralar y Trinidad, en donde estuvimos visitando una casa de labradores que existe aprovechando los restos del convento que los Trinitarios tenían en esta calle. En la plaza del Hospicio de Mujeres, contemplamos desde la plaza la fachada del antiguo palacio de los Coello, pero no pudimos penetrar en su interior por estar cerrado. Por lo tanto, tampoco pudimos ver los baños, obra importantísima que nos legaron los árabes y que hoy nos sentimos orgullosos de tenerla.

En el Barrio de San Juan recorrimos calles tan bellas como la de Reventón, Llana de San Juan, Soria de San Juan, Cruz Verde, Positillo, Santiago, Elvin, Almendros Aguilar y Vicario, quedando extasiados al contemplar en esta última un modesto y sencillo arco árabe que causa la admiración de todos los que le contemplan y que es casi totalmente desconocido por los jiennenses. Tuvimos palabras de elogio para las obras que se estaban realizando en la iglesia de San Juan, muy bien estudiadas y resueltas por el Arquitecto Luis Berges y sin embargo censuramos las obras que se hicieron en el interior de este templo que lo cambiaron de aspecto y precisamente no para mejorarlo. Sin embargo quedamos convencidos en que, andando el tiempo, se presentará la oportunidad de hacer las obras precisas para que el templo recupere su antigua fisonomía que era la auténtica.

En el convento de Santa Clara tampoco pudimos pasar al patio existente y que constituye una obra arquitectónica importante de Jaén y nos conformamos con

penetrar en la iglesia que si bien fue muy castigada durante nuestra guerra civil, es muy interesante su artesanado.

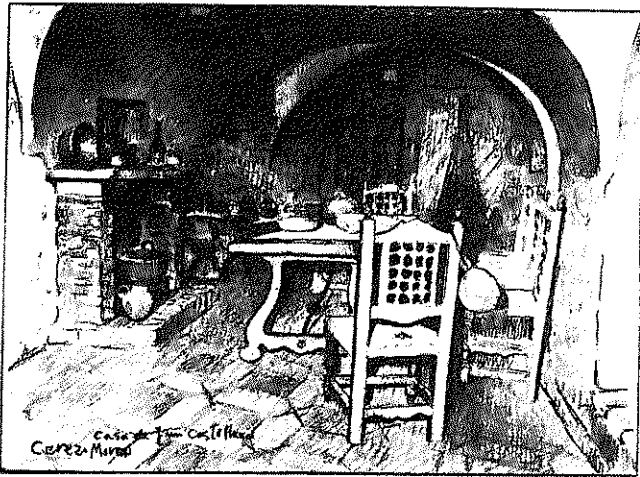
En el barrio de la Merced continuamos contemplando lugares de gran belleza en las calles Parrilla, San Lorenzo, Almagro, Jesús, Merced Alta, Merced Baja, Guadalbullón, Joaquín Costa, Montero Moya en donde abundan ya casas palacios y casonas con bellas fachadas y patios colmados de plantas y flores y casi todos con fuentes de mármol bien en el centro o adosadas en la pared.

De los últimos recorridos que hicimos fue en la Parroquia del Sagrario, por las calles Fajardo, Camarín de Jesús, Frente a Jesús, Pozo, Los Peña, Llana, Pilar de la Imprenta, Recogidas, Espiga, Príncipe Alfonso, Julio Angel, Abades, Maestra, Turronería, Arco del Consuelo, Colegio, Moreno Castelló, Compañía, Bernardo López, Cerón y ya en el Barrio de San Ildefonso, anduvimos por Ancha, Mesa, Jorge Morales, Cañizares, Toro, Juan Izquierdo, Olid, Plaza de San Félix, y en todas pudimos admirar bellísimos edificios que en su día fueron palacios o palacetes, con portadas en piedra y puertas hechas con nobles maderas y clavos de bronce o hierro forjado, ventanas y balcones también de hierro forjado que daban a la casa y en su conjunto a la ciudad una personalidad que motivaba el que nuestra Capital fuera distinta a otras ciudades.

Contemplando todos estos lugares comentábamos lo mucho que se había destruido y se estaba destruyendo, pero que si surgieran personas amantes de verdad de Jaén, se podría salvar todavía una parte importante de nuestro patrimonio por ser en estos días aún numeroso. Al ver estas casas del viejo Jaén y contemplar la tranquilidad de sus patios y estancias, nos figurábamos lo felices que debieron ser nuestros antepasados y lo dichosas que serían esas cuantas familias que aún en nuestros días se defienden del "progreso" representado por una colmena de muchísimas viviendas y viven -nunca mejor empleada esta palabra- en sus antiguas y hermosas casas, que si bien se argumenta que ya no tienen la comodidad del piso moderno, sí proporcionan a sus ocupantes una serie de placeres que jamás se los dará este tipo de vivienda que ha surgido en la sociedad de consumo de estos días. La verdad es que los cuatro paseantes que íbamos soñábamos con el Jaén de años atrás y a todos nos hacía mucha ilusión el tener y vivir en una de estas casas que habíamos contemplado en nuestro recorrido. Como es natural, dejo para personas más versadas que yo, que narren el mal causado a la ciudad con los derribos de iglesias, puertas árabes, edificios civiles, palacios, casonas y casas de arquitectura popular bellísimas, y que se dirijan a las Autoridades y pueblo de Jaén para que tomen conciencia de este problema tan importante para nuestra ciudad, por si todavía se pudiera hacer algo para frenar esa fiebre de derribos que hemos tenido y que esté en su ánimo el conservar todo aquello bello que nos legaron generaciones anteriores, para nuestro disfrute en estos días del siglo XX, llenos de materialismo, que nos ha tocado vivir.

En los últimos días del mes de Junio de 1978, caí enfermo a causa de una hepatitis y esto me obligó a permanecer en reposo cinco meses en el piso que habitaba en la Avenida de Ruiz Jiménez. No os quiero contar los sufrimientos que tuve que padecer no por la enfermedad sino por los muchos ruidos de camiones, coches, motos, de día y de noche, de manera ininterrumpida, que hacían insoportable mi vida y mi estancia en ese moderno piso perteneciente a la sociedad de consumo a la que antes me refería. En los primeros días de noviembre fui dado de alta, y como pájaro que recobra su libertad, salí de ese infierno que está formado por las mal llamadas Avenidas de Ruiz Jiménez, Madrid y Generalísimo y me volví a trasladar a mi Jaén, a ese Jaén antiguo, modesto, sin aire modernista y que tanto bien espiritual me había proporcionado anteriormente. Volví a pasear, en esta ocasión sólo, por aquellas calles que antes lo hiciera en compañía de Manuel López Pérez, José María Pardo y Pepe Ureña y, andando andando me topé en la calle Príncipe Alfonso con la fachada de la casa nº 8, en donde se había instalado en la puerta de entrada un cartel que decía: Se vende.

Cena de Santa Catalina de 1.981



Antigos de San Antón

Juén

ORDEN DE LA CENA

Convite en la Bodega

Vinos Finos y Olorosos.
Jamón Añejo, de Alcalá la Real.
Queso Manchego de buena curación.
Almendras y Garbanzos Tostados.
Aceitunas aliñadas, oseseras.
Morcilla, de Carchalejo.
Chorizo, de La fruela.
Choto, frito con ajos.

Cena

Espinacas, del pago de Valdepeñas,
esparraçados.
Pardiz, de los Cotos de la Pandera,
en escabeche.
Vino, tinto de Torreperogil.
Pan sentado, del Molino El Varedón,
de Valdepeñas

Postre

Membrillos, del Rfo Villanueva de Cambil,
troceados y cocidos con agua,
azúcar y canela.

Sobremesa

Café, de La X-4, Rezol y Anfo Castillo de Jaén.
Batatinas, Sultanes de Coco y Roscos
de Anfo de Las Descalzas.
Yemas de Santa Ursula.
Alfajor de Almendra y Miel, del obrador
de D. Manuel Campillo.

Nota bene: Es muy justo constar, que el Rezol lo alfo elaborado con especial esmero
para esta Cena, por el jeneráfico D. Gregorio Martínez Lombarido.
(Por muchos años)

La calle Príncipe Alfonso, es una de las más características de la Collación de Santa María, en Jaén. Discurre, desde la Alcantarilla hasta la Carrera de Jesús y toca prácticamente con la Catedral. Podríamos decir, que se cobija reclinándose en el regazo de sus hermosas torres.

El número ocho, clásico y noble edificio, está habitado por sus dueños, Juan Castellano de Dios y familia, que gentilmente y con su proverbial sentido de la hospitalidad, lo han ofrecido para sede de la CENA DE SANTA CATALINA de 1.981.

Es así, que el día 24 de Noviembre y a las nueve de la noche, se celebra la singular Cena, que organizan Los Amigos de San Antón, en el marco señero y acogedor de esta entrañable mansión.

*Pero cenemos Inés
si te parece, primero.*

*Acertada la observación
que nos hace Don Baltasar,
pues conviene cenar bien,
con regusto y con deleite,
para escuchar atentamente
las atinadas intervenciones,
que sobre temas jaeneros,
dicen en versos y en prosas
los comensales oradores
de estas Cenas Jocosas.*

Razón Teléfono... Como sólo me perdía el importe de una llamada telefónica y estaba por otra parte expuesto a ganar una casa para Jaén porque la misma estaba sentenciada para su derribo, ya que los mismos dueños hablaban de solar. Hice al llegar a mi hogar esta llamada y ví que, de momento y si las cosas seguían saliéndome bien, aquel dulce lo podía degustar yo. Me entregaron las llaves para que la viera en su parte interna y la verdad es que aquello que se contemplaba era desolador, como muchos de los aquí reunidos esta noche lo pueden atestiguar. Habían arrancado los azulejos sevillanos primorosos que tenía el zócalo del portal y vestíbulo principal de la casa. Se habían llevado la fuente de mármol que había en el patio y la suciedad y el abandono reinaba en toda la casa. Daba miedo entrar a las bodegas y estremecía la entrada en el jardín que más que jardín era un bosque salvaje. Además se habían hecho muchas modificaciones para adaptar las distintas dependencias antiguas de la casa a despachos de las Oficinas que allí se albergaban de la Jefatura Agronómica. Pero a pesar de todo lo negativo que mis ojos veían, sin embargo yo en aquellos instantes ví la grandiosidad de la casa y lo que se podía hacer con ella. Me puse a hablar con la familia Liró Berro, propietaria de la finca, llegamos a un acuerdo y el día 28 de noviembre de 1978, firmamos la compra por mi parte del referido inmueble. En estos momentos empezaba una de las empresas más importantes de mi vida y que podría culminar únicamente gracias a la gran ilusión que yo tenía por nuestro Jaén antiguo. Mientras unos cuantos me felicitaban, algunos aquí presentes, otros muchos me criticaban por la locura mía. Yo no podía esperar en aquellos momentos otra cosa. La verdad es que iba contra corriente. Lo lógico y normal era abandonar la casa para irse al piso cómodo y no dejar el piso con ascensor y calefacción central para instalarse en una casa destartada, vieja y sucia que ya no tenía razón de existir porque el progreso, para mí entre comillas, había superado las viejas tradiciones de años pasados, según algunos, para siempre.

Sin embargo, gracias a mi manera de ver y al contar con la manera de ser de mi esposa que se entusiasmó con la difícil empresa que íbamos a acometer, gracias a ella repito, hemos podido convertir en realidad este feliz sueño y hoy, gracias a Dios, podemos reunirnos todos los aquí presentes, grandes amantes y defensores de Jaén, en una casa palacio, salvada de la excavadora, con toda la belleza y grandiosidad que le dieron sus dueños hasta antes de que estallara nuestra guerra civil.

La casa tiene todas las características de los palacetes de Jaén. Tiene un primer portal por el que antiguamente tenían acceso los caballos de sus antiguos moradores y seguidamente se pasa a un segundo portal o gran vestíbulo que sirve para distribuir las habitaciones de la planta baja y el patio central. La vida en el verano en esta planta baja y en las bodegas es maravillosa porque el sol no logra calentar estas dependencias y el fresco es general tanto de día como de noche. Además la fuente del patio sirve para refrescar aún más el ambiente. Este patio central es un lugar de la casa encantador. En él se han plantado cuatro esbeltos naranjos que me ha enviado expresamente desde Valencia mi primo Pedro de Dios Blanca. Hay muchas macetas con geranios, pendientes de la reina, colios, claveles, esparragueras, rosales, galán de noche, jazmines, romero, albahaca, yerbabuena, y otras muchas plantas. El silencio es absoluto, tanto en esta planta baja como en el resto de la casa. La caja de escalera es amplia y bella y tiene un zócalo de azulejos sevillanos. La primera planta es la más noble y además de contar con habitaciones espaciales tiene una solana que en el invierno se convierte durante la tarde en la pieza principal de la vivienda por verse totalmente inundada de sol. En el sótano y en esta planta primera hay dos fogones que en tiempo frío consiguen reunir a toda la familia a su alrededor para disfrutar de las calorías que proporciona en abundancia unos troncos de olivo que arden.

En la última planta están los terrados en donde además de tener los trastos viejos que nunca se utilizan y que prácticamente para nada sirven pero nunca se tiran, están los melones de invierno, las piñas roseteras, pimientos colorados, membrillos y

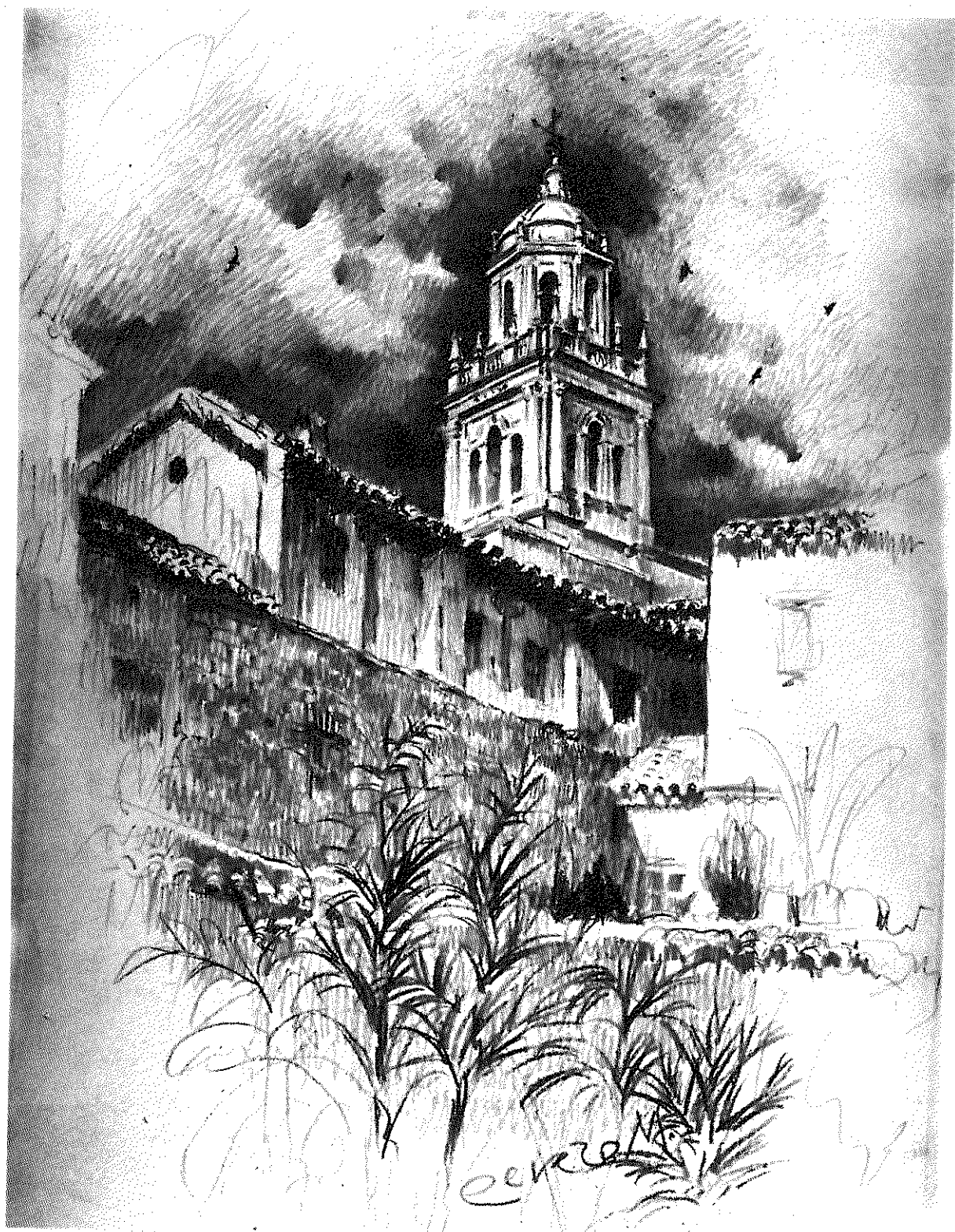
camuesas y orzas de Bailén que guardarán amorosamente productos del cerdo. Además sirven de morada a palomas, gallinas, patos, tórtolas, pollitos y pililis, que proporcionan la mayor felicidad a mi Rocio en su visita diaria a casa de sus abuelos. En un extremo de la casa está el jardín con una fuente que recibía el agua del nacimiento de Santa María en el que también se han plantado limoneros, nísperos, manzanos, cerezos, guindos, granados, perales, kakis y cipreses y macetas con plantas de distintas variedades. Tiene además la casa dos terrazas y desde una de ellas las vistas son maravillosas porque desde allí se tiene la impresión de que la Catedral te está abrazando, se divisan pueblos, cerros y sierras, cientos de cortijos blancos y además se contempla todavía un Jaén de palacios y casas nobles que no se resignan a morir. Como digo, el silencio es absoluto. El único "ruido" es el que nos proporcionan los canarios, colorines, palomos estorninos, vencejos, las grajas de la Catedral y los muchos gorriones que paran en los árboles y tejados de mi casa y de las colindantes. Todo este bullir de pájaros, agua de la fuente, plantas, árboles y el toque de las campanas de la catedral y del convento de las Descalzas, proporciona un bien espiritual que hasta mi nieta teme que llegue la hora de su recogida por mi hija o mi yerno y, en fin, hasta mi Toby se siente más romántico oliendo el perfume de las plantas que puede olfatear desde el suelo, sobre todo la yerbabuena y la albahaca. Se siente tan a gusto mi pastor alemán en este ambiente de tranquilidad y paz que se molesta cuando le arguyo que ha llegado el momento de su retirada a otros lugares de la casa.

Ya os podéis figurar, queridos amigos, las dificultades, las muchas dificultades, que hemos tenido que salvar, pero con fe y tenacidad todo se ha superado y resuelto felizmente. Mi gratitud es general para todos, porque la verdad es que he encontrado ayuda y colaboración de muchos amigos y profesionales los cuales han trabajado con entusiasmo inusitado en los trabajos casi desaparecidos ya, que se han realizado. Mi gratitud para mi sobrino Juan Bautista Castellano y los albañiles, que pasaron momentos difíciles y que superaron gracias a haberse contagiado del fin de la empresa que era salvar una casa antigua y bella de Jaén para Jaén. Igualmente mi gratitud para los herreros hermanos Rodríguez y los carpinteros Francisco Marín y su hijo Pepe, y mis sobrinos Manuel, Juan y Francisco Cornejo de Dios que con amor e interés han salvado bellos muebles que ya estaban perdidos. Mi gratitud para el electricista Juan Martínez Armenteros, todo bondad y corazón y mi agradecimiento para Ramón Martínez Serrano, Juan Cámara Liébanas, José Jerónimo, de Granada y don Juan Lozano Perales por su valiosa colaboración. Gracias a estos dos últimos amigos se han salvado balcones, ventanas y puertas de la casa nº 13 de la calle Maestra, que un día perteneció a la Compañía de Jesús y que tienen un gran valor histórico y artístico.

Hoy día gracias a los señores antes citados que me han ayudado como digo en la restauración del edificio podemos contemplar esta bella casa del antiguo Jaén. Pero tampoco quiero olvidar y expresar mi agradecimiento a los señores que han colaborado en la ornamentación y en primer lugar quiero citar a los pintores Francisco Cerezo Moreno, Jacinto Linares Talavera y Miguel Cobo Nicolás, a los ceramistas Juan y Francisco Martínez, hijos, sucesores del célebre ceramista de Ubeda "Tito", a D. José Jiménez Mariscal, de Granada, a la Casa Angulo, de Lucena y a D. José Gutiérrez, ebanista también de Lucena, todos ellos magníficos artesanos, orgullo de Andalucía.

En fin, mi gran gratitud para los que han hecho posible que termine felizmente mi obra gracias a su ayuda económica y que han sido los Bancos de Crédito, Popular Español, Santander, Vizcaya y Bilbao, y también la Caja de Ahorros de Ronda a la que tanto debo en todos los aspectos.

Mi alegría como veis es grande. Mi sueño, afortunadamente, es una realidad. Creo que se ha hecho algo positivo para Jaén. Pero el deseo de mi esposa y mío es que esta obra nuestra superviva y por eso queremos que nuestros hijos se den cuenta de la



TORRE DE LA CATEDRAL, DESDE EL JARDIN DE LA CASA N° 8
DE LA CALLE PRINCIPE ALFONSO
(Francisco Cerezo)

importancia que ello tiene por lo mucho que representa para la familia y para nuestro Jaén. Los esfuerzos y sacrificios han sido y siguen siendo enormes, las fatigas agotadoras. Sería una lástima que el día de mañana todo esto desaparezca con la pérdida material y espiritual que ello sería para la familia Castellano Peinado y para Jaén.

A vosotros os digo que aquí tenéis otra casa en donde siempre seréis recibidos con cariño y verdadera amistad. Mi casa es de mi familia y de mis amigos. Para nosotros será una verdadera satisfacción el recibirlos siempre y en todo momento y si esta alegría la queréis compartir con algún amigo vuestro también será recibido como si se tratase de un amigo más. A todos os invito para que reflexionéis sobre la grandeza de estos inmuebles que tanto bienestar proporcionan. Nuestra ciudad años atrás era una ciudad sencilla y tranquila, sus gentes eran felices, muy felices, disfrutando en sus hogares de esas cosas modestas como pueden ser las plantas, las flores, los animales, o de esos rincones apacibles de los antiguos hogares, como eran, las bodegas, los portales, los patios, los jardines, los terrados, de tan agradables recuerdos para los chiquillos. De todo ello da buena fe ese refrán que dice: "A quien Dios quiso bien, casa le dio en Jaén". Y a estos respondo yo en estos momentos; gracias Dios mío.

Como veréis este año nos vemos honrados con la presencia de don Diego Jerez Justicia, ilustre galeno que nació en Cabra del Santo Cristo, en nuestra provincia, y que ya lleva bastantes años afincado en la capital. Hablaros yo de Diego Jerez es bastante ingenuo puesto que todos lo conocéis mejor que yo. Los Amigos de San Antón en su deseo de enlazar en sus filas a aquellos hombres que se distinguen por el amor a nuestra tierra y sus costumbres y tradiciones, ha elegido a Diego Jerez para que se incorpore a nuestra Confraternidad y viva con nosotros esos ratos agradables y sencillos que venimos disfrutando. El se lo merece por ser un hombre bueno, sencillo, agradable, muy dinámico, cariñoso, atento, muy trabajador. Como médico realiza una labor importante por la humanidad con que trata a sus enfermos y como hombre que quiere a la provincia de Jaén, trabaja incansablemente en el Instituto de Estudios Giennenses en donde ostenta el cargo de Subdirector. Pero para nosotros ha sido también muy interesante su faceta de fotógrafo para muchos desconocida. Ir a su casa equivale inmediatamente a perder la noción del tiempo porque allí se ven fotografías maravillosas de un Jaén que tenemos y de otro que perdimos para siempre. Su archivo fotográfico se tendrá que ir valorando cada día más y los estudiosos que quieran saber algo de nuestra tierra tendrán que visitarle cada día más por contar con una fuente inagotable de fotografías que servirán para ser testigos de lo que fuimos y de lo que somos. Por todas estas virtudes que adornan a la persona de Diego Jerez Justicia le deseamos que tenga mucha suerte en todo y que el Señor le siga ayudando y protegiendo para bien de la medicina giennense, su cultura y su patrimonio artístico.

Y por hoy nada más porque además sin quererlo os he cansado, como siempre, más de lo debido. Para terminar ruego al asesor religioso de Los Amigos de San Antón, reverente Padre Casañas bendiga estos alimentos y que Dios nos siga dando salud y felicidad a todos los que estamos aquí reunidos para que podamos continuar reuniéndonos en años venideros para bien nuestro y de nuestro Jaén. Muchas gracias.

Con estas palabras sencillas, despojadas de afeites retóricos, rubrica la autenticidad múltiple de los gestos menudos que había ido desgranando desde el comienzo mismo de la noche.

Un cerrado aplauso, como homenaje a este hombre apasionadamente enamorado de su viejo Jaén y leal para sus amigos, quiere poner el punto final de afirmación y apoyo. Pero es entonces cuando el Clérigo Agradecido pide se extienda el homenaje

hasta la señora de la casa, hasta Conchita..., totalmente identificada a la obra de su marido, y por aquello de la evangélica doctrina: lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre.

Ante tan canónico y teológico fundamento, el aplauso reverdece con nuevos bríos y en los ojos de Juan relampaguea un traicionero brillo que me callo.

La emoción ha puesto una cierta picazón en el gaznate y éste reclama el alivio que siempre trae aparejado un buen trago de vino... Y más, si el oloroso viene en maridaje con ese añejo jamón de Alcalá la Real, de roja prestancia; o con ese queso manchego, de suavidad cremosa y que casi nos arranca el encendido piropo: ¡bendita sea la leche que nos lo dió...!

En esta sedante operación está pacíficamente empleada la concurrencia. Y ahora es Manolo López Pérez el que, invitado por la voz tonante del Prioste, nos va a contar la historia, la leyenda y la poesía del barrio del Sagrario.

Manolo se mueve con agilidad y garbo en la grande y en la pequeña historia de nuestro Jaén. Lo mismo aborda la biografía de un gran hombre de nuestras tierras, que se detiene complacido en ese entramado de sucesos menores, donde el palpito humano tiene su común desarrollo y donde se encuentran la razón de ser y verdadera escala de los acontecimientos más solemnes.

En esta noche, Manolo va de síntesis. Con esa su voz, un tanto opaca, como tratando de disimular el soterrado apasionamiento que en él despiertan siempre las cosas, las personas, las viejas calles de este Jaén..., nos va introduciendo en la panorámica y acusada personalidad del barrio con estas palabras:

Uno de los mayores aciertos que desde su inicio ha presidido esta "Cena de Santa Catalina", ha sido el buscar para ello escenarios impregnados de sabor jaenés.

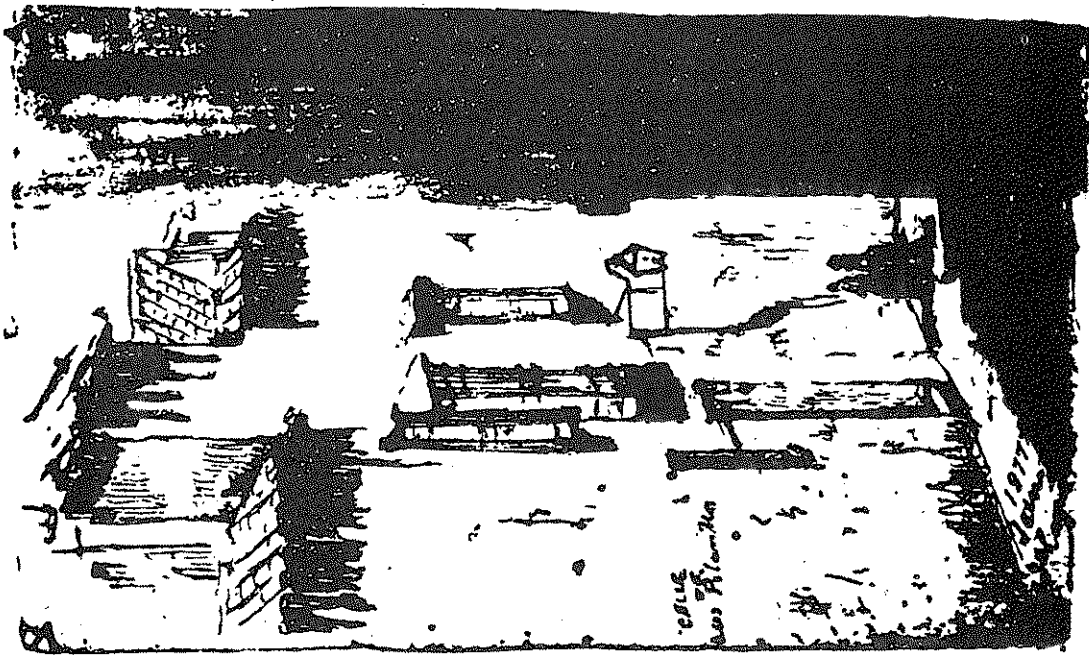
Este año, la cena tiene lugar en uno de los barrios más señeros de Jaén: el barrio del Sagrario. Un barrio especial, que podríamos delimitar sentimentalmente con una línea, que partiendo de la solitaria Calle del Portillo, bajase por la Alcantarilla, para ascender luego por el Barranco de los Escuderos, hasta llegar al Puente de Santa Ana y desde allí, retornar al punto de partida por la Carrera de Jesús. Un barrio excepcional, dentro de todo el entramado urbano de Jaén.

Nacido sobre el histórico "Arrabal de las Monjas", parcela escogida de la ciudad, regada en el medievo con la sangre martirial de las religiosas del primitivo Convento de Santa Clara, es un barrio que se configura definitivamente a partir del siglo XVI, cuando la ciudad, libre ya de la pesadilla de la morisma granadina, puede mirar con desahogo al Sur.

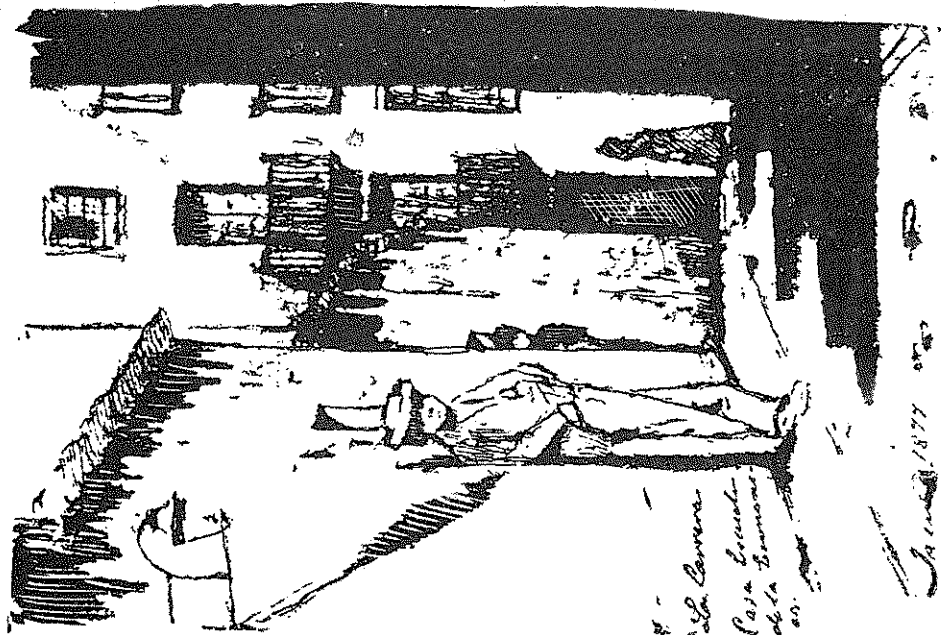
Y así, a partir de la amplia vía que configura el "Juego de Pelota", las calles empiezan a bajar en pendiente, desde la misma línea de la muralla, hasta el freno orográfico que supone el barranco por el que corre el Arroyo de los Escuderos.

Son calles de pendiente muy pronunciada, pero de una desusada regularidad para aquel Jaén postrenacentista. Calles paralelas, tiradas a cordel, sin más roturas ni cruces que la firme perpendicular que les traza la Calle Llana.

Gracias a su aire de modernismo renacentista, se convierte en barrio noble y señorial, cual ningún otro de la ciudad. Y por un extraño privilegio del destino, va a conservar intacto durante siglos, su peculiar encanto.



"CALLE
DE LA
COMUNIDAD"



"La Carrera"
Casa Social
de la Comunidad
de la Carrera

1877
M. F. J. Carpio

LA "CALLE PILARILLOS" - hoy de Julio Angel- en 1877. LA CASA DE LA REAL SOCIEDAD ECONOMICA, EN 1877, POR SU FACHADA A LA POPULAR "CARRERA".
(Dibujos del pintor gienense Manuel Fernández Carpio 1853-193...)

Un encanto único, impalpable, sutil, que no sabemos de donde sale, pero que está ahí. Porque resulta innegable, que no hay otro barrio de la ciudad, que en menos metros cuadrados condense más historia, más leyenda, más aquilatada poesía.

Una y mil veces nos hemos preguntado, ¿de dónde la gracia de este barrio...?

Y la verdad, es que nunca conseguimos llegar a una conclusión meridiana. Porque la gracia que envuelve estas calles, tal vez baje pausada desde el señorío renacentista de la lonja Sur de la Catedral, la más olvidada, pero sin duda el más bello rincón de nuestro templo mayor, donde la serenidad de las arcadas de la logia, la escueta belleza de líneas de la portada de Vandelvira y su intocable silencio, se condensa en ese fabuloso reloj de sol, que desde la piedra dorada nos regala su indefectible sentencia:

ATIENDE, A TI TE DIGO MI CARRERA
EN BREVE EL TIEMPO PASA LIGERO
MAS PUEDE SER TU MUERTE MAS LIGERA

O no. O tal vez esa gracia proceda de abajo. Del valle delicioso de Valparaiso. de la belleza lejana de las Peñas de Castro, o de la verdinegra procesión de los cipreses del Portón de los Leones. O tal vez sea sólo el reflejo de las luces que tornasolan los cantones de la Carrera de Jesús...

Misterio, desde luego, lo hay. Porque las calles de este barrio parecen calles hechas a propósito para sumergirse en silencios. Silencios de siglos, solo rotos por la invisible mano de D^a Lola Torres y Rodríguez de Galvez, que acaricia con mimo las teclas de un piano, allá en la rinconada de la Calle del Pozo, o más cerca aún, en aquella Escuela Municipal de Canto, en la Calle Recogidas, donde las voces infantiles que armoniza D^a Lola, cantan suavemente:

“...Tres moricas m’enamoran en Jaén...”

Silencio de siglos, solo turbado por el esquilón de las Carmelitas Descalzas, por la grave sonoridad de la campana del Señor, o por el irreverente graznido de las grajas que planean sobre la vertical de las calles, luego de darse sus hartazgos de aceituna en los olivares del Molinillo. Silencios únicos y propicios para sumergirse y olvidarse entre los protocolos de aquel Archivo Histórico que regentaba el bueno de D. Melchor Lamana, en la Calle Pilarillos, o para regalarse con el tenue rumor de las aguas del raudal de Santa María, que borbotean en el campillejo del Pilar de la Imprenta...

Y junto al silencio, como un componente más del misterio, los olores. Olores de jazmines en flor que trascienden del huerto de D. Arsacio del Prado, al final de la Calle Llana; olores de magnolio que fluyen del jardín de la casa de D. Eduardo Solá, de donde se cortaban las flores que acompañarían al Señor en la carroza del Corpus; olores a jardincito recién regado, allá por el encantador patizuelo de los Casañas, en la Calle del Pozo.

Olor a incienso que se escapa por las celosías del Convento de las Descalzas, o por las rendijas de las Madres Dominicas. Olor a hogazas recién cocidas en el horno de la Calle Recogidas...

Y trabándolo todo, los silencios y los perfumes, la luz. La excepcional luz que inunda todo el barrio, puliendo sus piedras con una pátina especial.

Luces doradas que vienen de arriba, de las bocacalles por donde en las madrugadas de Viernes Santo se columbra la candelera de N. P. Jesús Nazareno. Luces rojizas, cordiales, que suben desde las llamaretadas de ramón y esterajitos que se queman en la Alcantarilla, la noche de San Antón. Lucecitas amables de aceite

devoto, que se consumen en la hornacina del Cristo de la Buena Voluntad, o en la del Cristo de Burgos, Luces azuladas que envían pródigas, desde sus privilegiadas atalayas, las lejanías de Zumeles y Otiñares...

Con todos estos condicionamientos, no cabe la menor duda, de que estamos en un barrio levantado a la medida, para sumergirnos en evocaciones.

Porque nos basta cerrar un poco los ojos, para transportarnos sin dificultad a otro tiempo, a otros eventos.

¿Aquel señor que cierra la puerta del número 37 de la Calle Llana,... no es acaso Eufasio López Rojas, el maestro mayor de las obras de la Catedral...?

Y aquel caballero que baja jacarandoso y juncal por la Calle de los Peñas, ¿no es por ventura el mismísimo D. Antonio Alcalá Venceslada...?

Y quien asciende solemne las escalerillas del Pilar de la Imprenta, ¿no es D. Alonso de Freylas...? Y ése que dibuja en la esquina de la Calle Pilarillos, ¿no es el pintor Manuel Fernández Carpio...? Y esa pareja de recién casados... ¡es Miguel Hernández, el poeta de Orihuela, el de los aceituneros altivos!, que aquí vivió en los años trágicos de la contienda civil.

¡Quién sabe con quien nos vamos a encontrar! Si en este barrio todo es posible. Posible es, que en la alta madrugada nos demos de manos a la boca con la patulea de botarates, que bajan desde la Plaza de Santa María -¡perdón! de la Constitución a cantarle el Trágala y el Himno de Riego a D. Diego Antonio Coello de Portugal; o a D. Diego Antonio, que ahíto de bilis, sube al frente de los cerriles Voluntarios Realistas, de su vecino "Cuartelillo", a la Plaza de la Constitución -¡perdón!, de Santa María- a declamar versos y ditirambos en honor de la absoluta majestad de D. Fernando VII...

Como puede ocurrir, que al anochecer nos topemos con la Ronda del Pecado Mortal, que lleva a encerrar alguna mujer de la vida, al Recogimiento y Hospital de la Santa Vera-Cruz... O con el desafortado griterío de los mozalbetes, que riman osadías en la tarde, gritando a coro su terrible profesión de fe vecinal:

"...Somos del Recinto y no lo negamos..."

Más vamos a frenar la fantasía. Que este barrio encierra tanta y tanta evocación, que la noche se nos iría gustosa en ella.

Y nos vamos a parar en esta calle. En esta calle que el vulgo conoció con el severo nombre de Calle de los Muertos y que un buen munícipe, propuso en 1862 que se denominara Calle del Príncipe Alfonso, tal vez con el secreto deseo de ahuyentar el mal fario del nombre anterior, o por congraciarse a tiempo, con el que luego sería D. Alfonso XII.

Calle empinada, que en sí sola es como un símbolo definitorio del barrio.

La abre el torreón de un palacio venido a menos, con su orgulloso escudo nobiliario, que se esconde avergonzado de la oficialidad ciudadana de la Plaza de Santa María. Y se cierra con el discreto encanto provinciano de las Escuelas del Niño Jesús de Praga, símbolo de sus entrañas populares.

Calle aparentemente vulgar, pero que atesora de abajo arriba y de arriba abajo, mil y un detalles que le dan su exacta fisonomía. Desde el recuerdo de aquel Registro de la Propiedad que en ella estuvo instalado, a la sombra de los ilustres jurisconsultos, D., Eduardo Fernández del Pozo y D. Juan Torres Zamorano, que en esta calle tuvieron casa. Desde su particular enlosado de piedra, al recuerdo de aquel enjalbegado paredón del jardín de la Marquesa de Blanco Hermoso, sobre cuyo tejadillo se

desbordaba cada primavera una cascada de rosas de pitiminí, que llenaban la calle de una alegría indescifrable, que aún tuvo tiempo de recoger con su cámara el sensible de Jaime Roselló...

Pero vamos a centarnos. En la calle hay una casa que resalta entre los treinta y tres edificios que la componen. Es un viejo palacio, de aquellos que proliferaron en el Jaén del siglo XVIII. Portada de piedra, con sus pilastras toscanas almohadilladas, con el dintel decorado con presuntuosas volutas y con su recia puerta de clavazón.

No es un palacio exactamente, Pero es una casa notable. Tan notable, que hasta tuvo el privilegio de que en 1897 se la incluyese en la curiosa logística que preparó el Cuerpo de Zapadores-Bomberos de Jaén, para casos de emergencia incendiaria.

Es una casa que en 1877 habitó y acaso llenó de solemnidades, al maestro de organero D. Cristóbal Sánchez de la Torre.

Una casa que a principios de siglo ha sufrido una profunda reforma, que le ha incorporado bellos elementos de hierro fundido, quien sabe si salidos de la fundición del Sr. Oñós, en el Portillo de San Gerónimo, o del cercano obrador del Poutpourrit, del Sr. Ureña.

La casa ha llegado a nuestro tiempo, después de que sus estancias se llenaran de prosaicas actividades oficinescas. Ha estado muchos años cerrada. Condenada tal vez. Porque a este barrio, como al resto de Jaén, también llegó hace tiempo la piqueta. La fatídica piqueta, que sin el menor respeto, ha hecho solar inmundo de la casa de D^a Lola Torres, ha convertido en vertedero la iglesia del Hospital de la Vera Cruz, ha transformado en vulgares viviendas el palacio de la Marquesa de Blanco Hermoso... y ¡para qué seguir!

Sin embargo, frente a estos presagios, la casa ha tenido la fortuna de que un día abra su portón una mano sensible. Es la mano de un hombre, que sin saber escribir versos, es un gran poeta porque sabe hallar en las cosas cotidianas, el hálito poético que las ennoblece y las eleva sobre la vulgaridad.

Por eso, cuando espíritus insensibles abandonan la casa, él la abre; por eso, cuando manos insensatas arrancan a la Calle Maestra la joya de aquel balcón corrido de la casa esquinera a la Calle de las Escuelas, él lo recoge y lo coloca en este patio; por eso salva de la quema muebles venerables; por eso rescata de los chamarileros las rejas de forja; por eso, siguiendo el consejo apostólico, escudriña todo, para escoger solo lo bueno.

Quizás. en el fondo, este hombre lo que está haciendo, aunque él no lo sepa, es retornar a sus raíces. Es buscar la sombra de sus antepasados que por aquí estuvieron obrador de honrado artesano, es rescatar su infancia, infancia de guerra civil...

Y así, poco a poco, dejando por supuesto jirones de su alma en el empeño, consigue algo que es muy difícil de conseguir en esta vida: no ser vulgar.

Y este hombre, que no ha limado sus aristas en ninguna universidad, que no ha regentado más cátedra que la del trabajo diario, nos va a dar sin embargo una magistral lección práctica, de cómo se debe defender el patrimonio histórico y artístico de la ciudad.

Yo estoy seguro, que la obra que aquí ha realizado Juan Castellano de Dios, rescatando para el barrio y para la ciudad esta casa, no se lo van a premiar desde ninguna instancia oficial. Entre otras razones, porque si las obras beneméritas hubiera que medirlas en sus justos términos, por el esfuerzo que encierran, por la

silenciosa y callada labor que les da vida, por el correr de la oculta fuente del espíritu, habría cosas que no se podrían premiar con nada.

Precisamente por eso, es por lo que en esta noche hemos querido sacar a colación el tema.

Desde luego, no somos nosotros los llamados a proclamar nada. Pero sí a decir muy fuerte, desde el fondo de nuestros corazones de giennenses, que nos sentimos orgullosos de lo que con esta casa ha hecho Juan Castellanos.

Que a nosotros, nos basta y nos sobra con saber una cosa: que ese hombre que goza lo indecible entre estas hospitalarias paredes cuando escucha el clamoreo de las campanas catedralicias; que ese hombre que aún sabe valorar la paz de la Calle de los Muertos; que ese hombre que se desvela cada mañana con el nombre de Jaén en los labios, es nuestro amigo. Y por eso precisamente, porque sabemos valorar su labor, el primer homenaje, el más auténtico, se lo rendimos nosotros, los "Amigos de San Antón" en esta noche, desde lo más íntimo de nuestros sentimientos, desde lo más profundo de nuestro respeto.

El parlamento ha sido escuchado con creciente interés. No ha podido ser más oportuno. La Confraternidad ha conseguido hacer su composición de lugar, ha gustado y degustado de su entorno.

Pero también los confratres siguen gustando y degustando de la jarra; ciertamente, con tiento y prudencia, como corresponde al talante y condición de tales varones, pero con una admirable y devota entrega. Y para que el mosto no traicione en solitario, allá lleva como acompañantes la rozagante morcilla de Carchelejo y el orondo chorizo de La Iruela.

Los nombres de Melchor Lamana, Lola Torres..., han despertado recuerdos, anécdotas y comentarios, cuando es llamado, para su toma de posesión, el nuevo de este año: Diego Jerez Justicia.

Diego tiene sus raíces en Cabra del Santo Cristo, pero está plenamente inmerso en nuestro Jaén. De alta estatura y alto corazón, viene de mucho tiempo atrás luchando entre nosotros contra el dolor. Con buen sentido hipocrático, siempre apuesta por la vida. Por la vida que es y por la vida que ha sido, porque Diego trata también de salvar toda la vieja iconografía del pasado giennense. El gesto señorial de la antigua dama o la rugosa piel de nuestros curtidos campesinos, la ingenua mirada de un niño o la pálida sonrisa de una adolescente..., toda esa vida que fue dejando su huella en amarillentas placas de cristal es recogida mimosamente en su archivo fotográfico por este médico que ahora comienza a hablarnos en tono lento, reposado:

Apenas hace un siglo, que desde la casa dónde celebramos esta agradable y festiva cena, a la sazón ocupada por la familia de un afinador de órganos, se oiría a estas horas el chirriar de las ruedas de un carro, que la voz popular llamó "El Biombo". Carro que no era otro que el de limpieza municipal, que cerca de aquí en la calle que se llamó por este motivo "de los muertos", recogía al anochecer los cadáveres dejados en el suelo, de las víctimas de las epidemias de cólera que asolaron Jaén en la segunda mitad del siglo XIX. En lo que fue hasta no hace mucho tiempo Ermita de San Félix Cantalicio (hoy Parroquia de San Eufrasio) se habilitó un Hospital de Infeciosos y en



SALA DEL DESAPARECIDO "HOSPITAL DE JESUS Y MARIA",
QUE ESTUVO SITUADO EN LAS CALLES DE SAN CLEMENTE Y
BERBERISCOS.
(Dibujo de Carlos Romero, sacado de una pintura que poseía la familia
Coello de Portugal).

la Calle Fuente de Don Diego, estuvo la primera casa en la que un grupo de Hermanas de San Vicente de Paul hizo sus primeras armas en nuestra ciudad.

La sobrecogida población, cuando adivinaba su paso, cerraba puertas y ventanas y solamente aguzando el oído, trataba de aventurar la evolución de la epidemia, por el ruido más o menos intenso que sobre el empedrado hacía el peso de la carga, o por el mayor o menor tiempo que tardaba en recoger la macabra mercancía.

Me imagino al carrero, moderno Caronte, quizás con nariz y pómulos enrojecidos, ojos vidriosos, por el uso continuado y frecuente del Néctar de Baco, premio que tenía preparado al llegar al Cementerio, porque se creyó que el consumo de alcohol preservaba del cólera; ya que se observaba cómo los bebedores habituales no lo padecían. El cólera se transmite especialmente por el agua y los bebedores no abusarían del consumo hídrico como tal. No olvidemos la acción antiséptica que podía tener el alcohol y la posibilidad de que el estómago de los alcohólicos se produzca un elevado grado de acidez gástrica, que impidiera el paso normal del germen productor por el estómago.

Parece cierto, que esta idea de prevención por el alcohol, perduró después, en relación a otras epidemias y se originó la costumbre que ha llegado hasta nuestros días de "matar el gusanillo", tomando por la mañana una copa de aguardiente carrasqueño. No hace tanto tiempo, este rito matutino se efectuaba por muchos en la Taberna de Zamora, cuando costaba "a perrilla" la copa, en los tiempos "de antes de la guerra".

En las diversas oleadas epidémicas que sufrió Jaén desde el 1834 a 1885, resultó afectada aproximadamente, un 20% de la población y se produjeron cifras crecientes de muertes, algunas de ellas fulminantes.

Se colocaba un guardia en la puerta de los afectados. Si el colérico era trasladado al Hospital, se le administraba el Viático en la misma puerta del centro con objeto de no aterrorizar a los demás. Todo el que podía huía a otra Ciudad dónde no hubiera cólera, o al campo. Hace unos días, me contaba una centenaria del barrio de San Félix, en el popular Horno del Negro, que oía de su padre una coplilla, que socarronamente cantaba la gente llana del pueblo ante este fenómeno de la huida de la epidemia:

"El cólera ha venido,
la gente se va.
Pero el que esté apuntado,
no se escapará.

Esta misma señora me relataba, cómo recordaba contar de su padre numerosos casos en que eran transportados al cementerio sin morir, o con muerte aparente, e incluso élla conoció a un conserje del Ayuntamiento, que regresó de entre los muertos a su casa.

Hasta el año 1883, en que fue descubierto por Robert Koch, el agente productor, Vibrión Colérico, se tenían unas ideas peregrinas sobre la enfermedad y las epidemias: para unos, eran castigos que Dios enviaba periódicamente para expiar los crímenes de los hombres; para otros, más científicos, eran fenómenos relacionados, volcánicos, telúricos, cambios eléctricos, atmosféricos, o trastornos en las sales y el calcio. Quizás, la idea más generalizada fuese que los miasmas se transmitían por el aire, en íntima relación con las condiciones ambientales, humedad, falta de ventilación, estrechez de calles, etc. Es por este motivo, por lo que se pone de moda el acometer una reforma ambiental de las ciudades y así aquellos ciudadanos y ediles,

presos del pánico que les producía el haber asistido al hecho de ver diezmadas las ciudades por el cólera, que sembraba a su paso la muerte sin poder hacer nada para impedirlo, ven con lógica, el que se desate en las Corporaciones Municipales una especie de locura colectiva, que destruye las murallas, puertas y bastiones, para ensanchar la ciudad y se inicia una revolución urbanística que trae como consecuencia, la destrucción de monumentos y se encalan numerosas iglesias, desapareciendo frescos y pinturas de las paredes, dándose así un importante empujón, esta vez por erróneos motivos sanitarios, a esta tarea que parece que nos hemos impuesto los españoles de hacer desaparecer nuestro patrimonio artístico. Cae en este embate, la Puerta de Martos, la de Granada, el Arco de San Sebastián, la Torre de San Agustín, la Puerta de Noguera, la Puerta de Barrera; se encala San Ildefonso, así como otras iglesias y conventos. Algo tenía que haber positivo y se construye el Paseo de la Estación.

El pueblo aterrorizado y no disponiendo de ayuda humana, solo tiene la esperanza de una ayuda divina y acude a salmos y oraciones, que ya fueron utilizadas en las antiguas epidemias de peste. En Jaén ante esta tesitura, se invoca con fervor a N. P. Jesús, como en anteriores epidemias de peste, que testimonian las llaves de la ciudad que cuelgan de sus manos. El escudo de la Ciudad que adorna a N. P. Jesús, es de esta época de epidemias coléricas.

Hasta el año 1816 no sale el cólera de sus límites habituales. Difusión que fue favorecida por la mayor celeridad de las comunicaciones con la aparición de la máquina de vapor y la gran movilidad de masas que tuvo lugar a lo largo del siglo XIX. Hasta entonces, dada la corta duración del cólera y lo fugaz de su período de incubación, no era posible alcanzar un puerto lejano por los barcos con afectados, sin que pronto aparecieran los síntomas, mucho antes de llegar a su destino.

En Europa aparecen varias epidemias: 1816-37. 1853-56. 1863-68. 1868-73. 1881-85. 1892-94.

El Gobierno Español, desde que se tuvo noticias del avance de la epidemia en Europa, envió médicos a estudiarla a diversos países afectados. Corre en España el año 1824, se produce el último auto de fe por la Inquisición. En 1833 muere Fernando VII de apoplejía y no de gota como se preveía. La regencia de María Cristina. Las guerras Carlistas y las división administrativa de España en provincias.

Llega el cólera a España con el desembarco de unas tropas polacas en Vigo de un buque inglés. Estas tropas se dirigen después a Portugal a causa de una guerra civil que allí tenía lugar. Es ministro Martínez de La Rosa; España se alía con Portugal, Francia e Inglaterra.

La ignorancia de su etiología dió lugar a situaciones tales, como el hecho de que por entonces se le ocurrió a un padre jesuita repartir tierra de la gruta de San Ignacio entre los fieles que sirve de base para que se achaque a los religiosos el envenenamiento de los pozos y provoque este bulo una matanza de frailes que recoge Galdós en sus Episodios Nacionales. Sin embargo ya el pueblo llano ve que hay algo en el agua que produce el mal; los científicos de la época y las publicaciones siguen pensando en miasmas o castigos divinos.

En nuestro país se desatan aires anticlericales que producen en 1836 la Desamortización de Mendizabal, que va a tener una influencia negativa sobre las epidemias de cólera, ya que deja sin fondos a muchas instituciones Hospitalarias que eran de la Iglesia exclusivamente y merma la capacidad asistencial y de beneficencia. Si bien esto hace que surja la Beneficencia Estatal, al faltar la de la Iglesia.

En 1843 es declarada mayor de edad Isabel II. Empiezan a proliferar las comunicaciones, inaugurándose en 1848 el ferrocarril Barcelona-Mataró. En 1850 aparece el primer sello de correos. Se extiende el ferrocarril a toda España.

En el aspecto cultural España está dividida: En lo político, Cánovas (liberales-conservadores) y Sagasta (liberales-constitucionales); en literatura, Pereda-Galdós; en música los partidarios de Beethoven o los de Wagner; en los toros Frascuelo-Lagartijo. La medicina en sus distintas ramas estaban anquilosadas, especialmente desde el reinado de Fernando VII, aunque sufrieron algún impulso en el reinado de Isabel II; con dificultad se van adaptando al final del siglo a los nuevos descubrimientos microbianos.

En Jaén se produjeron tres oleadas epidémicas de cólera los años 1834, 1835 y 1836. El general José Ramón Rodil, natural de Santa María del Trobo (Lugo) - (1780-1853) que había participado en la guerra de la Independencia y fue después Gobernador del Callao (Perú), dónde se distinguió en su defensa, fue el que en el año 1834 pasó, en plena guerra Carlista, a Portugal con 15.000 hombres con objeto de lograr la expulsión del Infante D. Carlos a Inglaterra. Una vez cumplida su misión, recibe el mando del ejército del Norte y durante el mes de Junio pasó a tomar posesión del mismo. Sus tropas atravesaron el cólera provocando la epidemia de 1834, de la que apenas si se tienen noticias fidedignas.

¿Como era el Jaén de esta época? En 1840 la población era de 4.555 vecinos y 17.156 almas; 2.954 casas. Las calles estrechas como corresponde a una vieja tradición urbanística árabe, para defensa del calor y el viento, en un clima extremado, apenas sin primavera ni otoño, terminando prácticamente la ciudad en las antiguas murallas. Rodeada de huertas que riegan sus productos hortícolas con los sobrantes de agua de la ciudad. Había 12 serenos. Las calles alumbradas con 243 farolas de aceite. La casa típica y tradicional, tiene un portal con una puerta de en medio que da acceso en muchas casas a un patio claustrado, con fuente de taza; patio que da acceso a las habitaciones de abajo, utilizadas en el verano; un claustro alto con balcones acristalados o ventanas y habitaciones arriba para el invierno, con cocina en el mismo piso. Sobre este piso, unas cámaras con ventanas a la calle, donde se guardaban los productos del campo. Las paredes eran de grueso tapial.

En las casas de los labradores, se pasaba directamente de la puerta de la calle a un portal que servía de acceso a la cocina o chimenea, a las cuadras y al patio trasero. Muchas casas tenían bodega en el sótano.

La evacuación de aguas residuales, se hacía en madres comunes, que iban a las huertas, o en pozos negros.

La sociedad se dividía en tres niveles: Los propietarios de vida metódica y ordenada (que tan bien ha descrito en su libro "Escenas y Costumbres de Jaén" D. Rafael Ortega y Sagrista). Los artesanos, de vida profesional estereotipada. Los hombres del campo, pastiras y chirris (jornaleros-hortelanos-vaqueros).

El nivel económico no permite grandes dispendios de comida; se come poca carne, las comidas habituales son ricas en hidratos de carbono (pan, vinos, potajes de legumbres, cocido, picatostes, migas, productos del cerdo, tocino, hoyos de pan y aceite, aceitunas, dulces, "magdalenas"...), frutas, verduras.

Son enfermedades habituales, "los pasmos"; pulmonías en invierno; las diarreas en verano que producen alta mortalidad infantil (a los afectados de diarrea se les ponía a dieta total, con lo que se deshidrataban).

Era frecuente la lactancia mercenaria, especialmente en clases acomodadas, que tenían cuidado de elegir la nodriza lo suficientemente rolliza y pechugona, que recibía todo lo mejor de la casa, para conservar su buena teta. Son tiempos en que todavía se cree en el "mal de ojo", en "aire", en el estómago sucio, en el buen efecto contra el hipo de una mota de lana en la frente del niño, en la gracia de la tía "Narria" para curar la "culebrilla" o de la tía "Pisebrona" para curar la tiricia; el polvillo de las puertas de la cuadra para las heridas; la teta de la mujer lactante para curar los males del oído, o hasta a veces un pedazo de tocino por el mismo para dar de comer al gusano del oído; las hojas de "sanalotó"; en los "diviesos", los polvos de San Antonio, o el unguento de canutillo. Creencias que no eran privativas de las clases menos ilustradas, sino que afectaban a todos los estamentos sociales.

Es de consignar, como incidencia meteorológica de este tiempo, que la primavera de 1841 se adelantó y después nevó, con grave perjuicio para el campo.

En 1854 hay una nueva epidemia de cólera en España; es traída por el barco de guerra "Isabel la Católica", a Vigo. Se produce por esta época el golpe de O'Donnell y gracias a los movimientos de tropas, se difunde con celeridad la epidemia; con la llegada de estas tropas a nuestra provincia, aparece el cólera en Jaén en este año.

Esta epidemia ha sido estudiada en un trabajo que se titula "Observaciones sobre el Cólera Morbo por la sección de La Academia de Medicina, Cirugía y Farmacia de Jaén", impreso por disposición del Sr. Gobernador de la Provincia, como Presidente de la Junta Provincial de Sanidad. Trabajo que fue comentado por D. Rafael Ortega y Sagrista en Revista "Paisaje".

Se afirma en él de una manera categórica, "que las epidemias son el castigo que Dios manda a los pueblos, porque los pueblos necesitan sus castigos... siendo los trabajos que Dios envía para la expiación de los crímenes de los hombres".

Por el mes de Agosto se dieron los primeros casos de cólera en pueblos de la Provincia, que coincide con la llegada de las tropas.

Fueron los primeros pueblos afectados: Bailén, Martos, Linares, especialmente este último. Como era frecuente, inmediatamente se establecía un éxodo hacia los lugares libres. Los pueblos no afectados cerraban el paso a la llegada de forasteros. Se celebraba la feria de Jaén el día 15, pero la ciudad proverbialmente acogedora, no sólo no estableció ningún cordón sanitario, sino que no se suspendió la feria, si bien no estuvo tan concurrida como otras veces.

Pero con la feria llegó el cólera, ya que cinco o seis días después se presentó en el Hospital un caso, un vecino de Bailén, que falleció el 25 de Agosto. Otros tres atacados aparecen el mismo día, falleciendo uno el día 29.

El 12 de Setiembre fallece en el Hospital una niña de cuatro años, acogida en el Hospicio de Mujeres.

El 14 de Setiembre fallecen otras dos en el Hospital, procedentes del Hospicio de Mujeres. De seis años de edad.

Hasta el 29 de Setiembre no se presenta otra muerte en el Hospital.

Los datos de defunción que se manejan en el trabajo de la Academia son recogidos en los libros de sepelios y de los partes diarios de los capellanes del cementerio a la autoridad eclesiástica.

En el mes de Octubre mueren 35: En San Bartolomé - 5; En San Pedro - 7; En la Magdalena - 1; En el Hospital - 20 (2 de Torredelcampo y Pegalajar); En San Ildefonso - 2; En el Sagrario - 0.



CALLE EMPEDRADA DE SAN ILDEFONSO
(Alfonso Parras)

En Noviembre mueren 25: En San Pedro - 2; En San Bartolomé - 4; En San Ildefonso - 6; En el Sagrario - 6; En el Hospital - 9; En la Magdalena - 0.

En Octubre predominan las muertes en San Bartolomé y San Pedro probablemente por contaminación de las aguas de esa zona de la ciudad a partir del Hospital, por aguas residuales, riegos de huertas y lavaderos.

En Noviembre aumentan los casos en S. Ildefonso y Sagrario, por contaminación de las aguas del caudal de Santa María. En este mes de Noviembre se duda todavía de la existencia de cólera, dada su poca incidencia y mortalidad. Debió de afectar al principio a personas de baja condición social. A mediados de Noviembre, se empiezan a afectar personas visibles y a gente conocida y cunde la alarma y empieza el éxodo. Decrece la epidemia, que prácticamente desaparece hasta el mes de Abril. Hoy sabemos la clara influencia de los meses cálidos para su difusión hídrica, decreciendo en los meses fríos. En este tiempo se creía que esta influencia se ejercía a través de condiciones eléctricas de la atmósfera. Se describe la mejoría de los enfermos tras las lluvias copiosas.

No hubo ningún caso en el Hospicio de Mujeres y Casa Cuna (312 acogidos) ni en el Asilo de Hombres (344 acogidos).

En Abril de 1855 se recrudece la epidemia: En el Hospital 27 muertos; En San Pedro 9; En el Sagrario 5; En San Ildefonso 3; En San Bartolomé 0.

Por calles, las más afectadas fueron el Arrabalejo y calles contiguas, se creía que era por que la higiene era precaria y existían humedades.

A partir del 17 de Abril y en todo el mes de Mayo, aparece un gran brote en la parroquia del Sagrario: 78 defunciones. En san Ildefonso 79; En la Coronada 34; en el Hospital 33; En la Magdalena 17; En San Pedro 21; En San Bartolomé 13.

Este brote, sin duda, fue provocado por contaminación de las aguas del Raudal de Santa María. En la Magdalena y San Pedro, por contagio directo, o por huertas, de aquí que fuese menos explosivo.

En todos estos años, los barrios de San Ildefonso y Sagrario son los más numerosos en muertes. Y por supuesto el Hospital.

Dicen los autores que afectaba más a las personas acomodadas y que comían cocido. (Quizás por la existencia de fuentes en sus casas).

No afectó la epidemia a eclesiásticos. Hermanas de la Caridad; Médicos; Cirujanos; Farmacéuticos y sangradores; Practicantes.

Cuentan de una criada que no se movía de la cabecera de la cama y que la enferma le tenía cogida la mano para que no la abandonara, que no lo padeció: O el caso de Castora Carrillo, que habiéndole encargado el médico que entrara en calor, sus tres hijas se metieron en la cama con ella. La madre murió de cólera, las hijas no.

Esto demuestra ahora con nuestros conocimientos, como el contacto directo era menos importante.

Los tratamientos de cólera, que prescriben los médicos locales son curiosos:

D. Benito García de los Santos (Catedrático de H^a Natural del Instituto) propone: Infusiones de te con espirituosos, éter, caldo. Sinapismos, Causticos. Botijos con agua caliente. Ladrillos calientes, sacos de arena caliente. No a las bebidas frías. Doce sanguijuelas en el ano (en la diarrea precursora). Lavativas de horchata de bellota o almendras amargas, con ocho gotas de Laudano. Para los vómitos: Granos de sal de

ajeno, disueltos en jarabe de limón. Sinapismos en el estómago. Friegas de aceite alcanforado o aceite de trementina. Botijos y planchas calientes para el frío. Sinapismos con mostaza o cántaridas. Cataplasmas de leche para los calambres. O de Yema de huevo, migas de pan y azafrán. Omite la sangría.

Método de D. Vicente Tejada:

Dieta absoluta. Agua de arroz. Lavativas opiadas. Sanguijuelas en el ano. Sangría. Poción de Riverio para los vómitos. Pedacitos de nieve en la boca. Limonada vinosa azucarada. Epitema abdominal de Ranqué por todo el vientre. Cuando está declarado el período álgido: manzanilla caliente con aguardiente. Cucharaditas de limón con ácido oxálico. En contra de la opinión de los médicos de la época. Los calambres con epitema de Ranqué dorsal, sosteniéndolo con emplasto aglutinante y planchándolos con plachas calientes. Sinapismos en las piernas. Botellas de agua caliente, o ladrillos calientes o planchas de hierro. Linimento de aguardiente alcanforado con aguarrás. En el hipo, julepe moscado de Fuller. Sanguijuelas en el epigastrio. En la ansiedad pulmonar (disnea), sanguiejuelas debajo de la clavícula. Sanguijuelas en el ano o en todo el abdomen.

Método de D. Gabriel Bonilla:

Friegas en las piernas, con cepillos o balletas. Dieta absoluta. Infusiones de manzanilla o agua del tiempo en pequeñas dosis hasta hacer aparecer el sudor y hacer aparecer la transpiración, único medio de abortar la enfermedad. (Es el más racional, ya que en definitiva, para que aparezca el sudor, tiene que estar hidratado el enfermo. Los demás querían igualmente hacer sudar al enfermo, pero a base de calor, con lo que aumentaban más la deshidratación). Sinapismos de agua caliente, en la que se mojan papeles de estraza y después se les carga polvos de mostaza. Balletas encima y botijos de agua hirviendo con mantas. Una corta sangría. Cocimiento de zaragota con laudano, yemas de huevo y emulsión de almendras en lavativas, después de cada deposición. Con lo que autor decía haber tenido muchos éxitos, salvo dos casos, uno que murió de un susto y otra de embarazo avanzado. Baño de asiento con malvas, albaquilla y linaza. Horchata de bellotas. Sanguijuelas. Pociones de bicarbonato y ácido tartárico (las gaseosas de papelillo). Bálsamo tranquilo. En la falta de orina: untar el periné con aceite de alacranes alcanforado.

Método de D. Francisco Callejón:

(Director del Hospital y del Provisional que se creó para coléricos). Sanguijuelas en el ano y abdomen. Dieta rigurosa. Infusiones de manzanilla. Lavativas de agua de almidón. Pociones de cardo Santo, genciana y Yerba buena. Solución de retama con ácido acético. Nieve en la boca. Friegas en las extremidades.

Si la cínosis aparece, una tira de franela en el tronco, con aceite de trementina y amoníaco, cubierta con otra tela de lienzo empapada con agua caliente, y pasando por ella un hierro bien caliente.

Método de D. Pedro Bachiller:

Atisba algo la patogenia de los disturbios hidrosalinos: Piensa que la nulidad del pulso, cianosis, supresión de orina... la consideraba dependiente de una alteración en la proporción de principios constitutivos de la sangre, a consecuencia de los vómitos y diarreas.

Dice además: "en virtud de los trastornos electroquímicos que sufre el aire en los pueblos invadidos, se producen trastornos en transporte del agua que se deposita en todo el tubo digestivo, a través de los vasos quilíferos.

En cuanto a terapéutica: infusiones, sinapismos.

Método de D. Pedro Bachiller:

Atisba algo la patogenia de los disturbios hidrosalinos:

Piensa que la nulidad del pulso, cianosis, supresión de orina... la consideraba dependiente de una alteración en la proporción de principios constitutivos de la sangre, a consecuencia de los vómitos y diarrea.

Dice además: "en virtud de los transtornos electroquímicos que sufre el aire en los pueblos invadidos, se producen trastornos en transporte del agua que se deposita en todo el tubo digestivo, a través de los vasos quilíferos.

En cuanto a terapéutica: infusiones, sinapismos.

Método de D. José Luis Balguerías:

No difiere en mucho de los anteriores, en cuanto a pócimas. Tiene interés porque describe dos casos de tetania.

Método de D. Manuel de Silva, catedrático de Matemáticas del Instituto:

Distingue en casos graves y leves. Habla de un principio morboso atisbando un gérmen productor.

Igual que todos, preconiza medios para hacer sudar al enfermo.

Medidas preventivas precomizadas:

La causa del cólera estaba en la atmósfera: eso explicaba el desarrollo repentino y en focos a distancias.

Favorecían la aparición los excitantes y las transgresiones alimentarias. Se recomienda la cena, solo de ocho onzas de carne asada y seis de pan. Supresiones de transpiración. Fuertes agitaciones del espíritu. Las pasiones desenfrenadas satisfechas. Las indigestiones.

Se sorprenden los autores, de como muchas personas que hablan con pavor de la epidemia, o tiemblan con las noticias de las víctimas, o pierden seres queridos, no tienen fuerza para privarse de un manjar que les gustó y son víctimas de esta infracción de los preceptos médicos o morales.

Los convalecientes, piden los autores, no se sitúen en pasos de aire ni usen bebidas frías sudando. Evitar agitaciones espirituales, para que el corazón no se altere. Evitarían los excesos que la higiene corporal condena y la vida lienciosa. No salsas ni picantes; no a los salados; ni frutas; ni verduras. No se tolera el uso de varios alimentos. Quedarse después de comer, no con necesidad, sino con ganas de comer más:

Dicen: "el hombre de moralidad y de creencias, en estas épocas de epidemia debe estar resignado al llamamiento de Dios y las necesidades materiales parecen subyugadas por los sentimientos del corazón, por las leyes del espíritu y en las que el cuerpo parece lo que realmente es, la parte menos importante de nuestro ser; en tales casos, es hasta ofensivo a la dignidad del hombre, el que se le crea que puede sentir la privación de un goce material.

¿Y siguiendo este método se puede evitar el cólera?

No, porque sino, el no guardarlo sería un suicidio.

En la epidemia de 1885; ya se conocía el productor.

Muchos datos sobre ella los recoge Alfonso Sancho en su libro sobre Almendros Aguilar. Ante la amenaza del cólera se suprime aquel año la feria de Agosto. Se establece un plan de saneamiento general de cañerías y fuentes, se dota a la ciudad de hospitales para coléricos y a la Casa de Socorro de lo necesario.

Se establecen puestos de fumigación en la Alcantarilla, Puerta de Barrera, Estación y Puerta de Aceituno. La última fumigación se llevó a cabo en el puesto

situado cerca de los actuales maristas, dónde estuvo el Vivero de Obras Públicas.

Se nombran médicos temporeros que auxilien a los titulares.

El 27 de Agosto ocurre la primera víctima: Vicente Arjonilla, Calle San Benito, 5.

Es la Ermita de San Félix convertida en Hospital de Infecciosos, así como la casa número 5 de la calle Fuente de D. Diego.

Los Médicos establecen guardias permanentes y recorren a caballo las calles.

Al Alcalde de aquella época se le culpa de negligencia; se refuerza el cuerpo médico con médicos de Madrid y se establecen por distritos:

Sagrario: D. Andrés Medina y D. Andrés Barragán (de Madrid).

S. Ildefonso: D. Francisco Ortiz Carpio. D. Adriano Alonso Martínez (de Madrid).

S. Bartolomé: D. Ricardo Romero y D. Rafael Reyes (de Madrid).

S. Pedro: D. Antonio Ruíz Serrano y D. Teodomiro Jiménez (de Madrid).

Magdalena: Ezequiel Gómez y D. Francisco Ruíz Alcázar. D. Eloy Espejo dirige el Hospital de Coléricos, en la Fundación. Se establece otro en la calle Cuatro Torres.

En Octubre cede la epidemia.

Es esta una época sugestiva y trascendente. Tuvo la Humanidad que ser azotada, para que surgiera la Higiene con rango de Ciencia y quedaran resueltas a final del siglo las doctrinas del contagio. Surge el concepto de enfermedad social y los Estados y Municipios, empiezan a tomar medidas más adecuadas a los tiempos. Surge la Beneficencia Estatal.

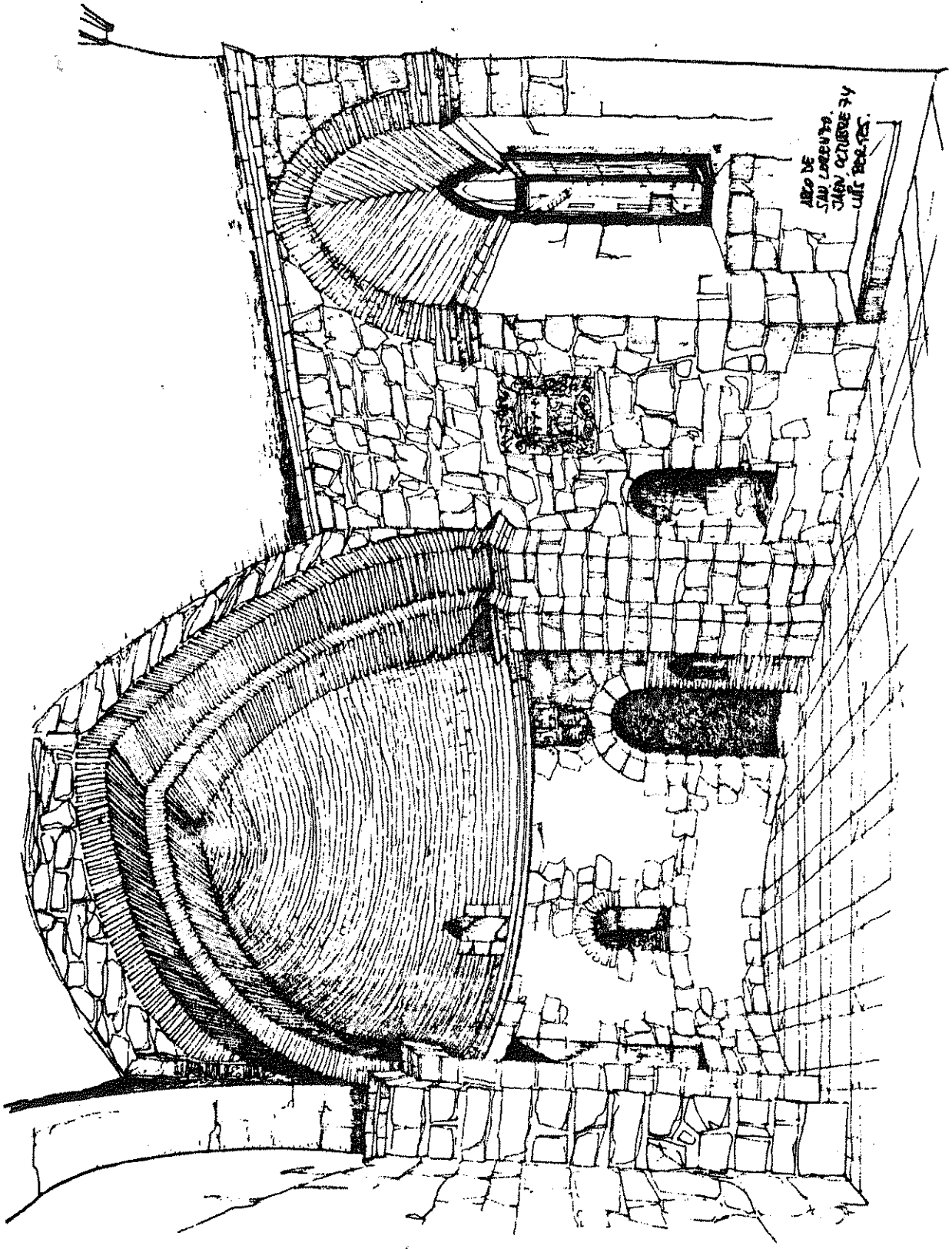
Sus palabras nos han trasladado a tiempos de epidemia y a la medicina giennense del siglo XIX. La exigencia del tema le ha llevado a detalles que rozan con lo macabro, pero consiguió suficientemente compensar el efecto relatando situaciones o actuaciones con dosificadas pinceladas jocosas. ¡No en vano estamos ante un galeno...!

Todo va discurriendo con mesura y equilibrio. Por eso, alguien se dedica al análisis de una mordiente mezcla de sabores: los contenidos en el apretado estuche de una aceituna, aliñada al modo casero de nuestra vieja raza.

¡Qué de matices, Señor...! Sobre la carnosa pulpa, que anuncia tímidamente el aceite, se acuna toda una gustosa gama que va desde la punzante picazón del ajo, hasta los suaves y casi aristocráticos toques que provienen del hinojo y el tomillo, pasando en los intermedios por el agrio festival de la naranja, o el levísimo escozor de la matalahúva. Todos y cada uno de ellos con su propia personalidad, patente al notarse su ausencia; todos con su valor complementario en esta síntesis única: la aceituna que reposa su aliño en las viejas despensas de Martos... ¡Una impar sabiduría de sabores...!

Y embebidos en esos pensares, abandonamos la afectiva bodega. El proemio de esta singular cena ha tocado a su fin. Todo está dispuesto en la planta superior, la planta noble de esta remozada mansión, donde nos acoge un amplio y acogedor comedor, centrado con una gran mesa rectangular capaz para los veintidós comensales.

Una vez acomodados, nuestro ya tradicional maestro-sala, José Sánchez Díaz, irrumpe portando las primicias del condumio. El comedor se ha dejado invadir por la amplia simpatía de Pepe y el apetitoso olor de las espinacas esparragadas, procedentes del pago de Valdecañas.



ARCO DE
SAN LORENZO.
JARA, OCTUBRE 74
LIFE 198-75.

SALA ALTA DEL ARCO DE SAN LORENZO
(L. Berges).

Antes de entrar en litigio con las quenopodiáceas -¡chúpate esa!, para que luego digan de los clérigos que no sabemos más que latines macarrónicos-, el Padre José Casañas, oficiando de capellán vitalicio de esta Confraternidad, recita devotamente su bendición. ¡Es justo y saludable...!

Este Padre José, extraña especie de clérigo, tiene particular afición a ejercer su ministerio en las áreas más insólitas; lo mismo exorciza una cerradura estropeada, que, armado de alicates, consigue el milagro de hacer entrar en contricción a un rebelde y perezoso despertador. Ahora, beatíficamente, está santiguando a las humildes espinacas y a este crujiente y oloroso pan sentado del Molino del Vereón, que nos ha llegado de las alturas de Valdepeñas. ¡Que Dios le oiga! Amén.

Acabado el oficio oracional, el escuálido y magro Clérigo Agradecido se dispone a atacar valientemente su plato de espinacas. En el fondo alimenta una secreta esperanza: que se realice en él, aquello que tantas veces admiró en su infancia pecadora, el ingenuo milagro de Popeye.

Pero he aquí que, cuando el esperanzado Clérigo se disponía a engullir la pitanza, quedóse sin resuello. El Prioste acababa de llamarle a cuentas... No porque lo viese descompasado en gestos, ni divertido en algo que le dijera de su condición, sino porque era reclamado su turno en fuer de Ecónomo de esta colación del Sagrario y a fin de hacer cortesía a la concurrencia.

Como han dado las doce campanadas y de consiguiente estar ya en el comienzo de la fiesta patronal, el enjuto Clérigo entiende ser lo más congruente al bien de las almas ensartar la siguiente

LECCION DE MAITINES EN LA JAENERA FIESTA DE SANTA CATALINA

LA RARA Y BLANCA NOCHE

Para la Cena de Sta. Catalina, 1981.

Aquella noche del sábado 10 de Junio de 1430 fue singular, irrepetible.

Jaén había agotado una jornada de duro trabajo. Apresuradamente trataba de levantar la cosecha de sus campos, amenazados siempre por la tala cruel del moro granadino.

Las avispas del miedo asaeteaban los ánimos de aquellos buenos vecinos y no bastaba el coraje de Don Gonzalo de Stúñiga, el *obispo-capitán* del que cantan en tono de epopeya los viejos romances:

*“¡Ay mi Dios, que vien pareces
esse obispo Don Gonzalo!
armado de todas armas
hasta los pies del caballo”.*

Y...

*“El Obispo de Jaén
suele decir Misa armado...”*

No bastaba el ardor, el empuje bélico de Don Gonzalo para amenguar la turbia marejada del desaliento. Por eso, Jaén, aquella noche de 10 de junio de 1430, se debatía entre el cansancio y el miedo. Pesadamente dormía, rudamente sumergido en su propia confusión y desesperanza.

Más, de súbito, aconteció lo irrepetible: para él y en él se hicieron realidad las estrofas del viejo poema, los antiguos versos del Libro de la Sabiduría:

*“Cuando un sosegado silencio todo lo envolvía
y la noche se encontraba en la mitad de su carrera,
tu Palabra omnipotente, cual implacable guerrero,
saltó del cielo, desde el trono real,
en medio de una tierra condenada al exterminio” (XVIII, 14-15).*

Aquel momento había llegado para Jaén. La *Omnipotente Palabra*, la *Luz Increada*, hecha niño pequeño -como de cuatro meses y “bien criadillo”- reposaba en el halda de la siempre Virgen María, la simpar Señora que aquella noche transitaba por las humildes calles de la colación de San Ildefonso.

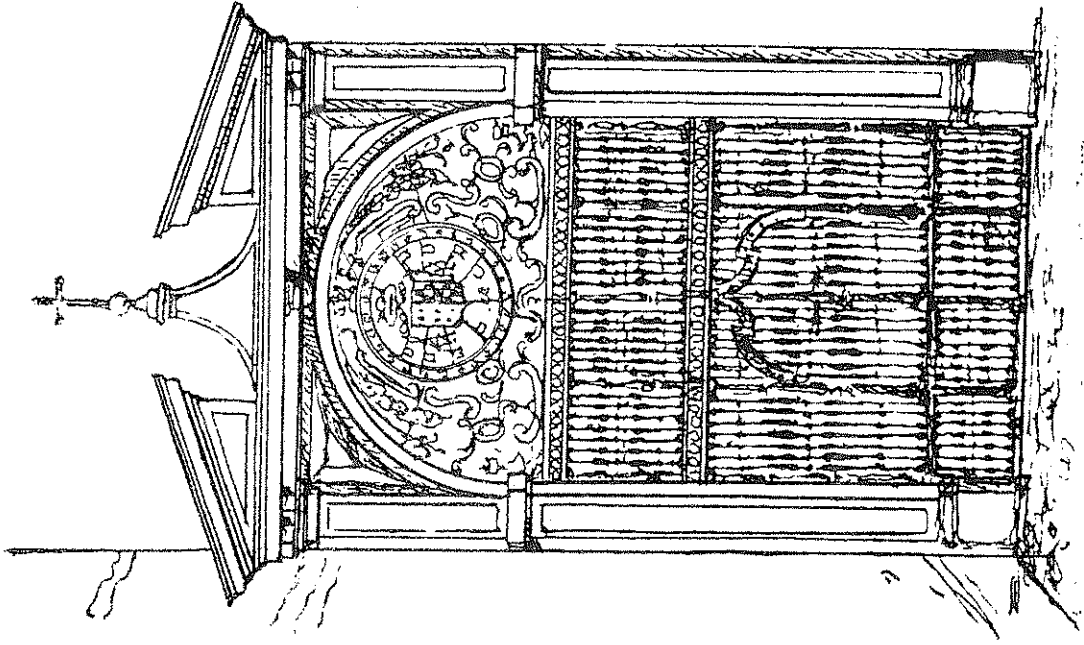
Después, pasado el estupor, ante el “*honrado y discreto varón Juan Rodríguez de Villalpando, bachiller en Decretos, provisor oficial y vicario general en lo espiritual y temporal en todo el Obispado por el Muy Reverendo Don Gonzalo de Zúñiga*”, hablarían las sencillas y buenas gentes que fueron testigos del portentoso. Trémulas de emoción, las palabras de MARÍA SANCHEZ, mujer del pastor Pedro Hernández; de JUANA HERNANDEZ, mujer de Aparicio Martínez, y de los mozos PEDRO, hijo de Juan Sánchez, y JUAN, el hijo de Usanda Gómez, iban recomponiendo el *Blanco Cortejo* con la misma ingenuidad y unción de un viejo retablo.

Nosotros, para honrar en esta noche a la que fue *acompañante de la Señora* por las calles de Jaén, damos un salto atrás en el tiempo y nos situamos en los alledaños de San Ildefonso. Desde aquel bardal, desde aquel desvencijado ventanuco, también contemplamos el paso del *Blanco Cortejo*:

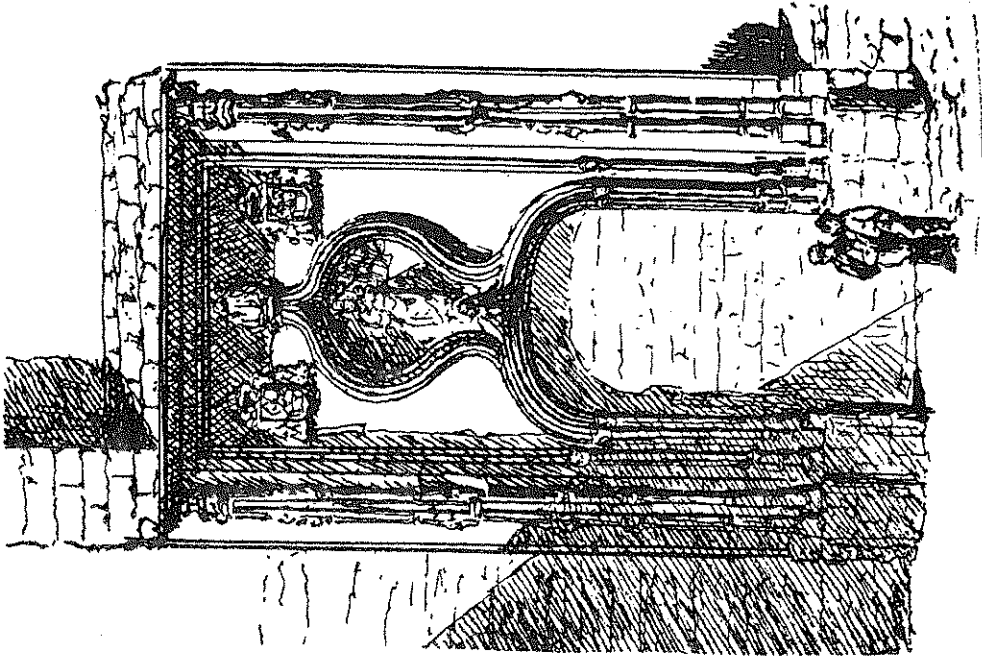
*¡Qué raro, hermano, qué raro,
que la noche esté tan blanca...!
La noche siempre ha venido
vestida de negra capa,
festoneada de estrellas,
sobre el olivar en calma.*

*¡Qué raro, hermano...! La luna
allá en el cielo es más pálida
que la luz que cabrillea
en las antiguas murallas.
Me parece que las piedras
destilan la luz del alba
y hasta las mismas olivas
no hacen sombra por su planta.
Las viejas callejas tienen
como un reflejo de nácar,
como si fueran a hacerse
conchas de una perla rara
que en su entraña almacenase
toda la LUZ INCREADA...*

*Desde el Castillo al Zumel
el aire extiende sus alas.
¡Qué hermoso, hermano, qué hermoso
ese salmodiar que avanza...!
Ya no son gritos de guerra
entre el chocar de las armas;
música jamás oída
baja hasta el fondo del alma
y allí, borrando los miedos*



PORTADA GÓTICA DE LA IGLESIA DE SAN ILDEFONSO. REJA DE NUESTRA SEÑORA DE LA CAPILLA, EN LA IGLESIA DE SAN ILDEFONSO.
(Dibujos del pintor giennense D. Manuel de la Paz Mosquera y Quiros 1832-1906).



*que nos vienen de Granada,
nos fortalece en el nervio
para las duras batallas.*

*¿Quiénes son esos mancebos
de vestiduras tan cándidas...?*

*¿Quién es aquella doncella
que se apoya en una palma
y una rueda de cuchillos
gira, gira... y le acompaña?*

*¿Quién es aquel grave anciano
con esa estola tan blanca...?*

*¿Quién es aquella matrona
que brilla cual perla rara
y lleva sobre sus brazos
la misma LUZ INCREADA...?*

*-Son los ángeles, hermano,
esos mancebos que cantan.*

*Es Catalina, Ildefonso
y la Virgen que su planta
quiso poner en Jaén
y para siempre sellarla...!*

*Pasos de Nuestra Señora
al borde de nuestras casas;
pasos blandos, luminosos,
por Jaén la bien amada.*

*¡Noche de San Bernabé,
Jaén no podrá olvidarla...!
Fue noche que no fue noche,
que más que noche fue alba...!*

Nosotros no podremos declarar ante el honrado y discreto varón Juan Rodríguez de Villalpando. Tan sólo hemos sido unos intrusos en la contemplación del portento. Pero..., ¡qué más nos dá! Lo importante es que esos cansancios nuestros, esos temores que nos asaltan a finales de noviembre de 1981, pueden ser sosegados como lo fueron los miedos y agonías de nuestros abuelos en 1430.

Nos visitó *para siempre* la LUZ INCREADA, intemporal... Nuestra Señora la llevaba en el halda y, a su vera, caminaba intacta la Rosa de Alejandría...

El Clérigo cierra el pico y toma su respiro. Las tristes espinacas de su plato han perdido un mucho de su calor. Con ello, ha naufragado el posible milagro. ¡El Ecónomo seguirá, un año más, económico en carnes...!

El primór desplegado por los hermanos Antonio y Cristóbal Molina Fernández al condimentar las sabrosas verduras, no tiene ocaso. Con auténtico lujo, ahora se incrementa el acierto al poner sobre los platos unas perdices en escabeche. De los altos cotos de la Pandera nos llega esta carne con todo su agreste sabor, magistralmente conservado a través de un exquisito tratamiento artesano.

Y ha sonado, señores míos, la feliz hora de las compensaciones. Frente a la magra estampa del Clérigo, la oronda figura de Vicente Oya. Al primero es mejor mirarlo de perfil; así alcanza quizás un cierto relieve. El segundo, de perfil o de frente, siempre es un hombre de peso. ¡Feliz condición la de los metiditos en carnes...! Y más en este Jaén de sorprendentes ventoleras...

Vicente es un hombre tranquilo, un voluminoso asilo de serena eutrapelia. Por su incipiente papada y la mesura de sus ademanes, se podría confundir con un reverendo padre abad..., si no tuviese consorte. No obstante, ese soterrado talante monacal aflora en él con mayor ímpetu en esta venturosa noche. Hasta la luz arranca un brillo cenobítico a sus rubicundos mofletes.

La concurrencia se apresta beatíficamente a escuchar de labios de Vicente lo que, por la razón antedicha, es de ley:

EL NUEVO PANEGIRICO DEL CHOCOLATE

REMEMORA el cronista, don Alfredo Cazabán Laguna, de feliz memoria, en su sección "Antaño y hogaño", inserta en la admirable revista mensual "Don Lope de Sosa", número 156, correspondiente a diciembre de 1925, el "chocolate de las oraciones", famoso manjar del Jaén de otros tiempos, verdadera obra de arte de la cocina y de la confitería giennense, que se consumía en reuniones familiares, y monacales, en un ambiente cordial, tan sólo turbado por los vientos jaeneros o por las campanas grandes de la Catedral, las iglesias parroquiales o los conventos.

El chocolate iba siempre acompañado de bizcochos, pan de vida, plumillas y biscotelas, picatostes bien tostados, fritos en aceite puro de oliva, ajeno a las intoxicaciones, fuera del alcance de la manipulación de la colza. Picatostes de pan del buen trigo de nuestras campiñas, amasado en artesas de madera de buen nogal, mojados en agua-sal o en vino de Torreperogil o Lopera.

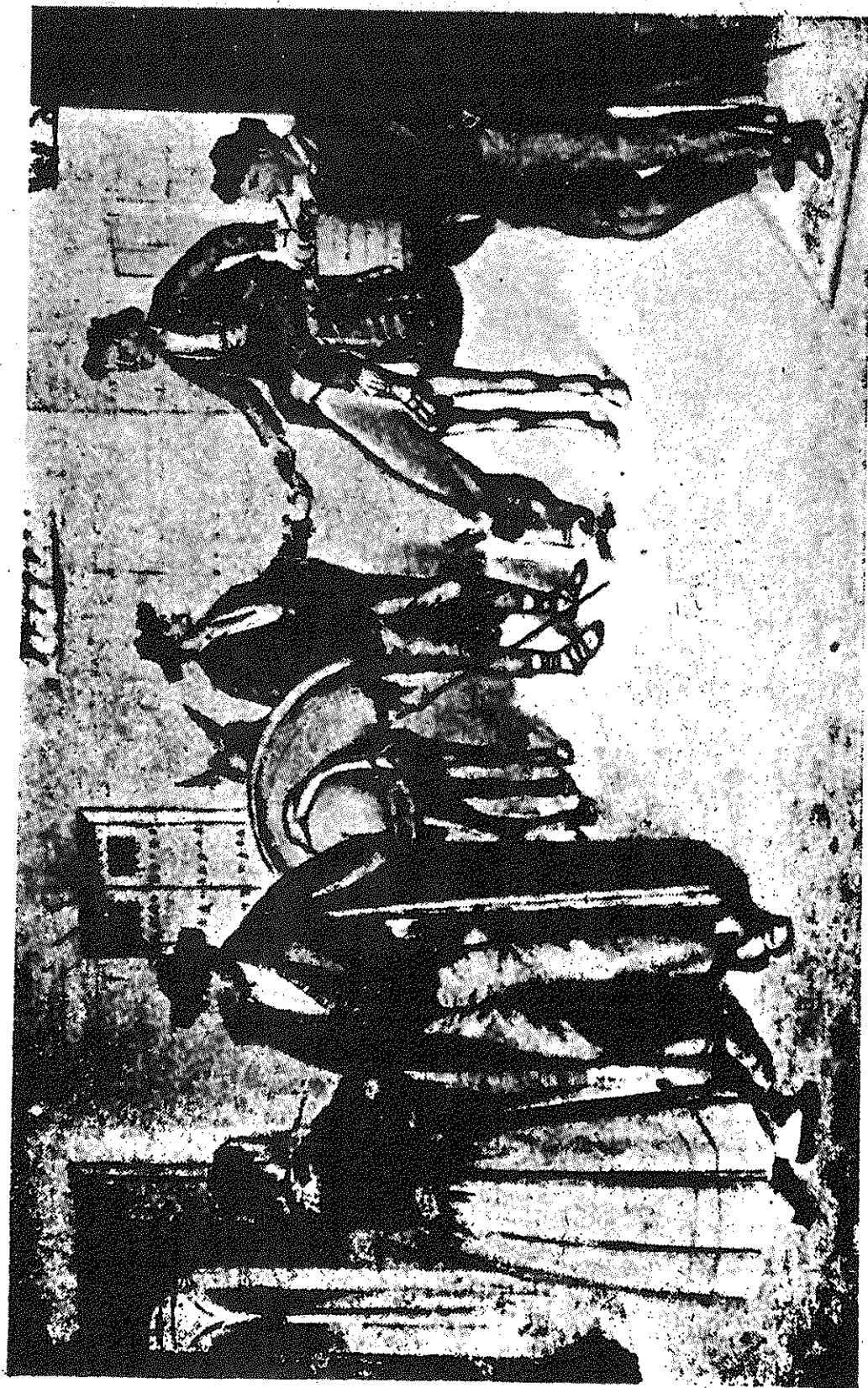
Aquel chocolate se vendía en las famosas confiterías de la calle Madre de Dios o Arco del Consuelo. Era un chocolate labrado a brazo, en la casa, del buen cacao traído de América a Sevilla y de Sevilla a Jaén, para consumirlo en las casas señoriales, de grandes, suntuosos salones, con mesas camillas, butacones, balcones a la calle, con visillos hechos con manos de mujer, cuando se bordaba en las largas vigiliass del invierno y todavía no se había inventado ni la discoteca, ni la sala de fiestas, ni el bingó nacional. Era un chocolate que sabía a gloria, en las casas humildes, en la sala de estar-cocina, a ras del suelo, colindante con la cuadra y al lado mismo de los aperos de labranza, chocolate consumido por los hombres buenos del campo, que trabajaban de sol a sol y venían al atardecer con el cuerpo molido, el cansancio a cuestras y los ojos entornados preparando la antesala de los sueños reparadores. Era el chocolate abundante, superador de las reglas religiosas, que consumían, con pasión santa, ojos grandes y estómago de antemano agradecido, los Carmelitas Observantes del Barranco de la Coronada, o los Dominicos de Santa Catalina, o los frailes de San Agustín... Eso sí, en unos y otros casos, acompañados de oraciones, que hay que dar gracias a Dios por los dones recibidos y seguir orando para que no falte.

Espeso chocolate. Humeante. Calentito. Levantando blancas columnas de humo que salían de los recipientes. Tazones hondos, andujareños, hechos de buena tierra, buen sol y tiempo sin prisas...

Chocolate de las oraciones traído del Horno de los Negros, del Barranco de los Escuderos, de La Magdalena o del horno de Los Caños, el del hornero famoso. Y, con el chocolate, las yemas de Santa Ursula, que trajo una monja desde el Perú, o los dulces de huevo y harina, del Monasterio de Santa Clara.

En los domingos, y demás fiestas de guardar, abundaba el chocolate por doquier. Y en las reuniones familiares las parejas de novios bailaban pavanass clásicas o los últimos vales románticos...

Dice el cronista Cazaban que el Padre Pancorbo, fraile famoso de Jaén, sabio en ciencias religiosas y epicurista en saberes gastronómicos, nos dejó escrito el "penegirico del chocolate". Que entre oración y sacrificios, en tiempo de veda gastronómica, fuera de ayunos y abstinencias, un tazón de chocolate humeante debe saber a gloria divina.



PUERTA DE LA DESAPARECIDA "POSADA DE LOS ALAMOS",
EN LA CALLE DE SU NOMBRE.
Acuarela del pintor giennense Manuel Fernández Carpio (1853-193...)

Los tiempos se han encargado de arrinconar, primero, y hacer desaparecer después, la vieja costumbre del chocolate de las oraciones.

La gente va con prisas. Termina cansada. Ya no viene por las noches del sermón del novenario. Que viene del mitín del partido. O del "Pub" con el cubata entre pecho y espalda. Siguen tocando las campanas de la Catedral y de los viejos conventos, pero los ruidos ahogando los bronces que se van a contar sus cuitas a los vientos...

Tan sólo ha quedado el chocolate para el final de las verbenas, al amanecer, con churros de feria, fritos con aceite de otras clases. Lloran los olivos de pie, en hileras, bajo el manto de la noche.

Ya no es el chocolate de las oraciones. Tal vez, en aquellas reuniones familiares, había mucho de beatería. Pero, a juzgar por las crónicas, era gente sencilla, clara y con buen estilo.

Hoy es el chocolate de las tribulaciones. A droga, que carcome la salud; al porro, que resquebraja la personalidad, han dado en llamarle chocolate.

Y yo pienso que no se pone nada donde se ponga un tazón hondo, con chocolate humeante, como aquel del viejo Jaén, en paz y armonía, con la tranca en el portón de la casa, la chimenea ardiendo, las campanadas de San Juan entrando por la ventana, el cuerpo cansado de tanto golpear en el yunque del trabajo, la conciencia tranquila, el alma serena y el tiempo para vivirlo plenamente y ganarlo en cheques de eternidad.

Nos era conocida la paternidad del Cronista de Jaén a través de sus dos preciosos niños. Ahora, al influjo mágico de esta noche única en el año, cuando todo crece y ronda la cuarta dimensión..., Vicente ha potenciado hasta poder escribir con mayúsculas **Su Paternidad**. Y todo ello por el ensalmo de un perfecto panegírico, al que sólo le falta añadir al final el consabido clerical latiguillo de antaño: "...eternidad, que para todos deseo".

El Clérigo Agradecido masculla latines, que sólo medianamente consiguieron meter en su caletre viejos maestros: "*Peccata minuta...*" "*Ego te absolvo...*" Y tras estos resoplidos humanísticos, ultimando la tierna avecilla que en suerte le ha tocado, le adviene recio sponcio poético. Ante el vino de Torreperogil, que ha regado el último vuelo de las perdices, con ojos un tanto admirativamente extraviados, espeta este exabrupto:

*Buen tinto, este vino añejo
de la Torreperogil;
buen caldo, buena compañía
la que lleva la perdiz...
De altos cotos ha venido
en raudo vuelo hasta aquí
y al paso le sale un novio
tinto en color carmesí.
Buen amor, buena compañía...!
Yo me huelgo en bendecir
este casorio admirable
que se ha dado -¡ay de mí...!-
entre la de la Pandera
y el varón enamorado
de la Torreperogil.*

Nadie ha puesto impedimento en el casorio; todos han apludido el feliz ayuntamiento.

Mas el Prioste, buen catador de la lírica, estima en su fuero interno que debe refirrnarse el deteriorado lima poético que ha introducido la vesania del Clérigo. Para ello no puede menos de llamar en su auxilio a Miguel Calvo Morillo, a fin de poner orden en aquel pedestre batiburrillo.

Miguel Calvo, como declara su apellido, no tiene un pelo de tonto; tiene recursos para liberar a las musas del agarrotamiento con que han sido traídas.

El Clérigo, en la cortedad de sus luces, no advierte el cariz de remiendo que toma la intervención siguiente. Su estólicó cacumen brujulea por otros mares y le lleva a comentar con el vecino: "*En que a nosotros, los de Martos, se nos da muy bien y muy finamente esto de la poesía...*"

Ante tal despropósito, tan pervertido de personal pretensión, el vecino casi se atraganta con el final bocado. ¡Si en lugar de perdiz, hubiese sido choto...! La finura del manjar aseda la reacción.

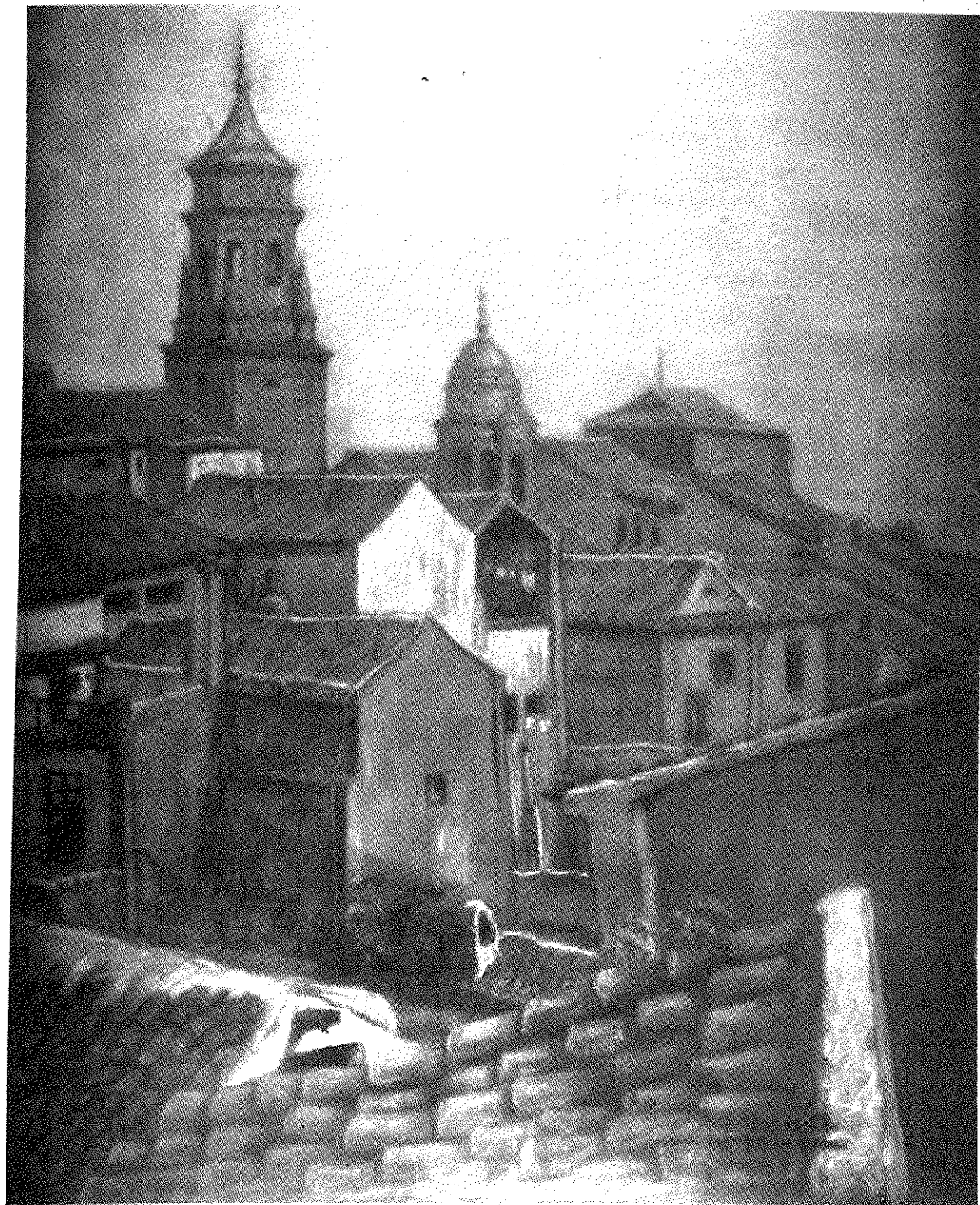
Y comienza Miguel, con voz templadamente evocadora, a enderezar el entuerto:

CAMINANDO HACIA EL RECUERDO

*Digo pueblo, y la alegría se me desborda
como el sangrante sonreír de una granada abierta,
mientras un vendaval de pájaros
se escapa de mi rota memoria.
Pájaros que chocan con los altos vitrales del olvido,
volando alicortados
hasta caer sobre un dolor de pétalos y ausencias.*

*Y llego a tí y una mano de niebla
me aprisiona la garganta,
y anteponiéndose a mis ojos,
me oculta la visión que pretendo.*

*Si digo pueblo inmensamente mío,
hay una huella fósil que protesta
y una tumba sin nombre en donde sin querer tropiezo.
Y me apedrean con palabras,
que sacan de los viejos baules,
para que descabalgue de mis pasos.
Pero no saben que yo busco en tí lo que me pertenece:
el humo que dejaron flotando en el espacio
los que encendieron fuego
y me estuvieron aguardando;
busco esa cinta azulgrisácea
para ceñir la túnica de mi nacencia
tanto tiempo alejada de mi cuerpo.
Yo sé, pueblo mío, que caminaste por el río de la vida,
que intentaste salvar la cicatriz de las horas amargas,
hasta lograr detenerte como un monte
y gozar intensamente de este tu cielo y tu silencio.
Yo sé que la raíz tiene su recompensa,
esa que ahora defendéis
asomando la bilis sobre el gesto.*



TORRES DE SAN ILDEFONSO, DESDE LA CALLE SAN
FERNANDO
(Julio Puga)

*Pero yo también pertenezco a la espiga
y a las alas del pájaro
que traza círculos sobre las piedras
que se olvidaron de mi nombre.*

*Por eso os reclamo un lugar junto a la hogaza
y un escaño cerca de la lumbre,
para poder hilar en su rueca de llamas
todos mis pensamientos.*

*Os pido una escudilla de presentes
para saciar el hambre que se anidó en mi alma.
Quiero cumplir con todos los preceptos
y obedecer la voz de bronce
cuando su bando me reclame.*

*Por eso digo pueblo y digo padres,
y miro la tierra horizontal de su presencia,
y en el bajo relieve de los surcos
inmensos labios que me dicen las más bellas palabras.*

*Por eso digo pueblo y digo casa,
y veo mi pasado cubierto por el polvo de los años,
y las viejas telarañas de los días
ocultando recuerdos.*

*Por eso he vuelto, porque tengo derecho
aunque sólo sea a una amapola,
a un manojo de sencillos jaramagos.
Tengo derecho a ser raíz
aunque haya perdido la esperanza
de ser el más humilde de los pétalos.*

Cuando ha terminado, el aire recupera su lírica transparencia. Ante tal transformación, iba a decir que el rapsoda había sido el mismísimo demonio, pero advierto que se llama *Miguel*. En esta ocasión, ha sido fiel a su arcangélico nombre.

Y, llegado el tiempo de los postres, para que queden fulminados *in aeternum* los posibles diablos invisibles, toda la sala se glorifica con el penetrante aroma de unos membrillos, troceados y cocidos con agua, azúcar y canela.

El ensalmo liberador de esta compota ha sido realizado por las femeniles manos de D^a Encarnación Vico de Casañas, dama de hondas raíces marteñas y a quien el Agradecido Clérigo estima como dentro de su parentela. ¡Que Dios le pague este final exterminio de las sombras malignas! Amen.

Los membrillos del río Villanueva, de Cambil, comunican una jugosa alegría juguetona.

En otras circunstancias, esa alegría hubiera llevado a los comensales a exteriorizarla plásticamente a través de la danza. Pero esto lo impide la condición clerical y morigerada de algunos de ellos, y la ausencia de las discretas esposas, en otros. Por otra parte, no hay que olvidar que, más o menos, se han perdido la gracia y gentileza de los años mozos.

Ante esta dificultad y con buen sentido, el Prioste concede la voz a Fernando Lorite para que nos hable de nuestros antañones bailes.

Fernando es, entre todos los del concurso, el de más aguante en esto del baile. Hasta hace muy poco ha sido miembro activo del Grupo de Danzas "Lola Torres". Hoy nos va a decir en palabras lo que muchas veces han expresado sus pies en los diferentes pasos de un fandango o un bolero. Abordará el tema con esa seguridad que da la propia experiencia. Podría decir con todo derecho: "de esto entiendo algo..., si no, *que me quiten lo bailao*".

Nos asaltan las esencias ancestrales del folklore jaenero, mientras Fernando nos va diciendo de

LOS VIEJOS BAILES DEL SANTO REINO

La danza fue, en un principio, un acto mágico y religioso, garantizador de la fertilidad de los campos, del éxito en las empresas guerreras y la caza, de la fecundidad de las mujeres o de la benevolencia de los dioses. Así comenzó la danza y así el folklore.

Encuentro en nuestro folklore tres características que le diferencian de los demás conjuntos del mundo: variedad, intensidad y universalidad.

Nuestro folklore es distinto en cada comarca, en cada kilómetro cuadrado. Cambian los trajes y los pasos de manera tan diversa que se diría corresponden a países diferentes si no fuera por la unidad de sus sentimientos y estética, que los califica como de indudablemente hispánicos, aunque su estilo difiera.

Desde los fandangos a la jota, pasando por las malagueñas y hasta llegar al bolero, sin olvidar nuestros populares Melenchones, estoy por afirmar que Jaén es una de las primeras provincias del mundo en cuanto a folklore se refiere.

Pero si rico y variado en sus pasos y trajes son los bailes de nuestra provincia, no podemos olvidar la picaresca de las letrillas que adornan esos bailes populares.

Observemos la cantidad y variedad de fandangos que tenemos en nuestra provincia. Por ejemplo, el fandango de Valdepeñas, cuando empieza con su letrilla

*Que buena mata de pelo
que tiene la "labraora"
a mí me deja sin sueño
y a todo el mundo enamora.*

O el fandango "Robao" de la Sierra de Cazorla, que es un baile temperamental y de ritmo alegre que se conserva intacto. Observar la picaresca de este fandango cuya letra no tiene ningún desperdicio:

*Con el rabillo "enroscao"
más vale querer a un perro
con el rabillo "enroscao"
y no querer a una rubia
con el moño "esfaratao", ó*

*En la burra mando yo,
"compare" la burra es mía,
en la burra mando yo,
cuando quiero digo ¡jarre!
y cuando no, digo ¡soo!
anda burra y no te pares.*

Otro fandango es el "Rajao" de los Nogueros, de Alcaudete, que comenzó bailándose en las fiestas patronales. Una estrofa del mismo dice así:

*Al vino le llamo primo
al aguardiente, valiente
el día que no le "cato"
me duelen hasta los dientes.*

Para terminar diciendo:

*Una vieja de cien años
y un viejo de ciento siete
se miraban y se decían
estamos de rechupete.*

“Ensalada y salpicon”

CAPRICHIO JAENÉS. — Música de D. Cándido Milagro — “Añños” de D. Antonio Alcalá.

Despacio

Soprano

Baritono

Organo

rrall.

Es de todos muy nombrada su merced Lo pe de
fa maha ci men ta do la ge nial ce na jo
mo so sí glo deo ro que sin par se ha pro cla
jo ya de un te so ro Ca za ban nos ha que

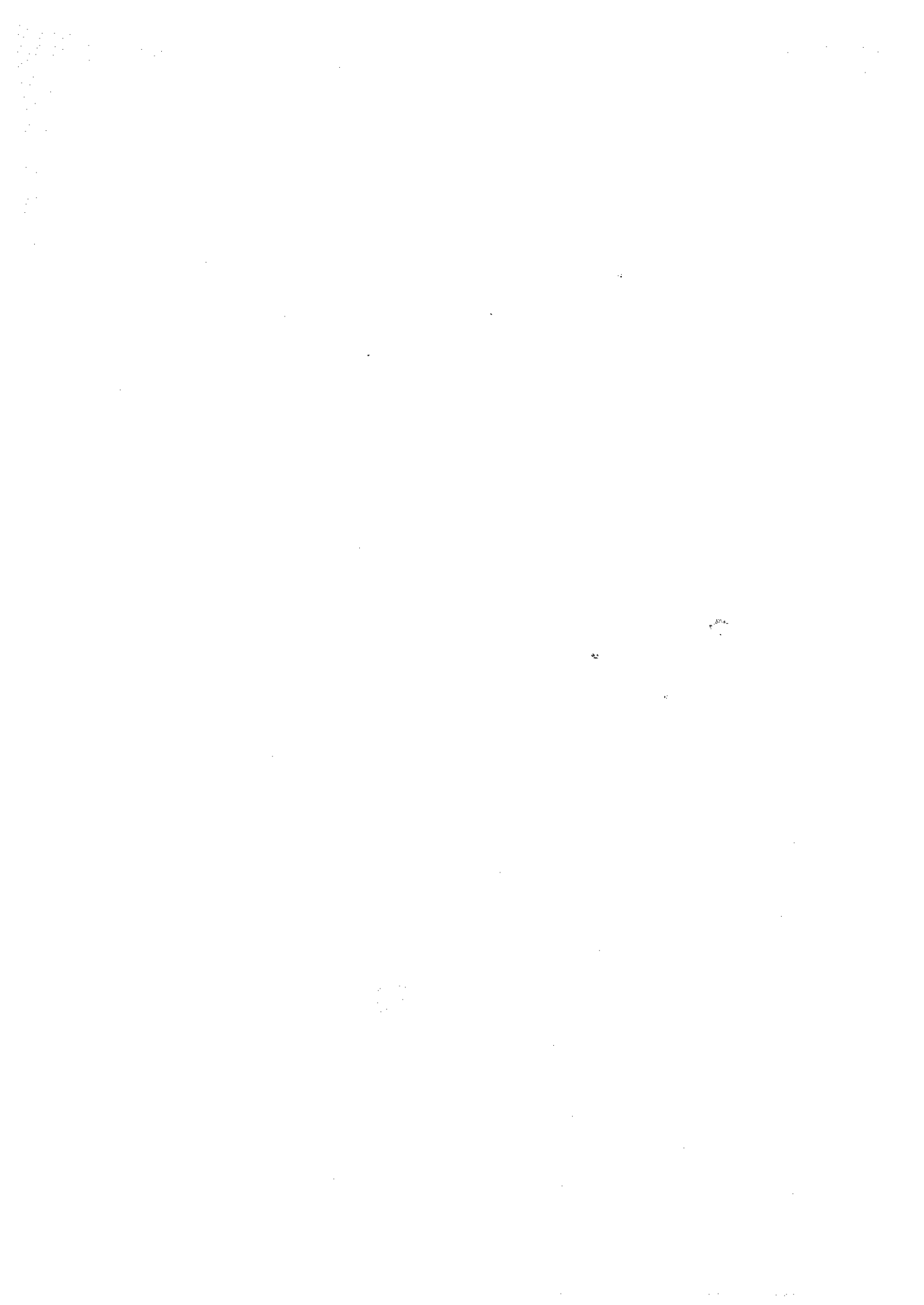
a temp.

Sosa puer su co sa. laborate le bra o tra ce na-ce na jo co sa tam bien gente
mado como da do. ten de un bra va gente digna mente feste jar al gran

rrall.

sin mado y sin pena de este Reino de Ja en Pre- lar Del la
hormóni mo ha biente de hidal go tan po pu

Para el Opus. 25-1928
C. Milagro



Pero además tenemos en la provincia fandangos como el de Charilla, Castillo de Locubín, Cazorla, Chiriohipe, etc.

Hay, sin embargo quien puede pensar, al escucharnos hablar sólo de fandangos que eso es todo, y nada más lejos de la realidad", porque tenemos en nuestra tierra unas jotas que "quitan el sentío". La jota de Andalucía no es, como pudiera creerse, una usurpación o imitación de la aragonesa, sino que en nuestra región es tan típica como el fandango o el bolero. M. Torner, asegura que la jota es originaria de Andalucía. Dice que está en lo cierto la copla que empieza:

*La jota nació morisca
y después se hizo cristiana...*

Tenemos en Jaén jotas como la de los Villares que se baila en las bodas después de acompañar a los novios:

*Subiendo la calle arriba
hasta llegar a la fuente
donde me diste palabra
de se mía hasta la muerte...*

Pero también se baila esta jota cuando muere un niño pequeño, durante el velatorio, y al llegar la media noche, la gente joven, cansada de estar en la casa del difunto, se va a "dar una vuelta" por el pueblo, acompañados por algún familiar del niño, cantando acompañados de guitarras. Al llegar a la plaza "echan un bailecico" que suele ser esta jota, y se vuelven al velatorio. Cuando los vecinos oyen pasar estas rondallas, ya saben que ha muerto un niño y dicen: "¡Angelitos al cielo"...

Sin embargo, la jota de Siles es mucho más movida y aún se continúa bailando la vispera de San Roque, patrón del pueblo.

*Como "quies" que tenga
contigo calor
si te vas a la sombra*

*me dejas sin sol,
como "quies" que tenga
contigo calor.*

También tenemos en nuestra provincia las jotas de Puente de Génave, de Villanueva, de Cazorla, etc.

Y, ahora, le toca el turno a los boleros. Sí, en nuestra provincia no sólo existe el Bolero de Jaén, como alguien pudiera pensar. También hay otro bolero en Jimena y en Albanchez, en Jódar o en Bedmar.

Es el bolero un baile que se viene practicando desde el siglo XVIII. Es un baile señorial, característico de la tierra, de lento pasar de un movimiento a otro, grave y risueño, aristocrático y popular.

Y llegamos a ese variadísimo y popular baile que son los Melenchones. ¿Desde cuándo existen? Pues sinceramente creemos que desde que existen olivos en nuestra provincia. No se sabe su verdadera antigüedad, pero los investigadores vienen a coincidir en que este baile comenzó a ejecutarse cuando, terminadas las faenas de la poda del olivar, y ante la quemá del ramón de oliva, las gentes jóvenes que formaban las cuadrillas de recogida de la aceituna, empezaban a mandarse requiebros tanto la moza al mozo, como al revés, de ahí que la mayoría de las letras de este popular baile, que se ejecuta trenzado y cogido de la mano, sean tratando el tema del olivar, aunque, por supuesto, la imaginación de las buenas gentes del campo ha sido enorme y han salido letrillas para todos los gustos.

*La aceituna en el olivo
si no la cogen se pasa
lo mismo te pasa a tí
morena si no te casas ó*

*La aceituna en el camino
la pisan los caminantes
y la niña que es bonita
nunca le faltan amantes*

También las mozas cantaban a los mozos que les hacían “tilín”, como nos demuestra esta letrilla:

*Con la gorra y la pelliza
viene mi mozo a rondarme
que parece un forastero
de esos que venden encajes
la gorra inglesa, y la pelliza
que en todas partes causa risa.*

Igualmente entran a formar parte las mujeres de Jaén.

*La mujer chiquita es un regalo
más vale poco y bueno
que mucho y malo ó*

*Me dijiste que era fea
al espejo me miré
algún salerillo tengo
a algún tonto engañaré.*

La suegra es un “instrumento” que no podía pasar desapercibido a tan geniales autores, por eso se le cantaba:

*Una suegra de azúcar
dicen que amarga,
cómo será la mía
si es de retama, o aquella otra de*

*Mi suegra me quiere ver
en la boca de un cañón
Dios se lo pague a mi suegra
por tener buen corazón.*

También entraron a formar parte de estas letrillas los “guapos” de la cuadrilla.

*Si tu madre está tan ancha, éeeaaa
porque tiene un hijo guapo
que lo meta en una orza
y lo tape con un saco.*

Y, claro, todos nos iban a ser listos en el pueblo, por lo que, al tonto del lugar también se le cantó

*Eres más tonto, más tonto
eres más tonto que aquel
que llevó la burra al agua
y la trajo sin beber.*

Y dentro de la picaresca, a pesar de los pesares, también entraron a formar parte de las canciones la Guardia Civil:

*Un civil me dió un capullo
un sargento me miró
me puse más encarnada
que el capullo que me dió.*

¡Ah! ¿y nuestro protector San Antón?, tampoco pudo escaparse:

*Todas las cancelas juntas
el día de San Antón
no tienen la rescoldera
que tiene mi corazón.*

o aquella otra de

*Tengo ganas de que llegue
el día de San Antón
para darle calabaza
a mi novio Juan Ramón.*

Y cómo podríamos terminar de hablar del folklore de Jaén sin mencionar, aunque muy por encima de las Jaeneras. Numerosas letrillas de las Jaeneras han sido escritas por famosos poetas, entre los que habría que mencionar a don Antonio Alcalá Venceslada, Alfredo Cazabán Laguna, Francisco Clavijo Guerrero, Juan José Molina Hidalgo, etc., pero nosotros hemos querido escoger hoy, para terminar, unas Jaeneras de José Padial Vilches que fueron las que en nuestra juventud cantábamos.

*Relicario primoroso
Catedral de mi Jaén...
Santo Rostro milagroso
Tu eres mi vida y mi bien.
Tu eres mi vida y mi bien
barrio de la Magdalena,
donde no existe la pena
barrio alegre en que nací.
Donde en noches placenteras,
aprendí a cantar Jaeneras
que son besos para mí.
Cuando lloro una aflicción
y la dicha se me va,
entonando esta canción
ella me la da.*

Podríamos continuar hablando del tema hasta el alba, pero otros oradores esperan su turno. No obstante bueno será recordar que, en dónde hay ritmo y belleza, donde hay gracia que derrochan las jaeneras, tiene por fuerza que haber "salero".

Baste saber que, cuando los jaeneros sienten una copla "bien cantá" u oyen el tejer brujo y rítmico de unos pasos al compás de las notas de la guitarra, toda su sangre toca a rebato y puesta el alma en lo que se ve y se oye, se dan gracias a Dios por haber nacido en este rincón de España que ha sabido darle a la región, como regalo, el mejor de todos los ríos, el Guadalquivir, el río que sabe ser dulce, a pesar de regar los pueblos más "salaos" de la tierra.

¡Qué bien le va a este final del baile la gracia de una copita de resol...! Un resol hecho con el inimitable tiento y estilo jaenero que en ello pone Gregorio Martínez Lombardo. Una copa de resol..., quizás la bebida más tradicional en todas las celebraciones del Jaén ajeno a los modernos mejunjes. Igual valía al final de una procesión infantil de la Cruz de Mayo, que para festejar una boda o el alboroque de un bautizo. Un resol siempre es oportuno; como una flor, siempre bella, póngase donde se ponga.

Con ese calorcillo que nos trae el resol, viene por ley de contraste el recuerdo de esas largas noches frías y ululantes del Jaén ventoso.

Nadie mejor para evocar añejos espíritus o recomponer en nuestra mente pasadas experiencias, que Rafael Ortega Sagrista. Lo académico no quita lo valiente, lo popular.

Por eso, arrebuándonos en una copita más de resol, comenzamos la escucha. Pero he aquí que, por razón de la dedicatoria y también por efecto del espirituoso licor, el Clérigo Agradecido se encuentra un tanto turbado y al borde de lo calamocano. Para evitar el desajuste, se apresura a reponerse con unos batatines, alguna sultana de coco, amén de un rosco de anís; confituras que, entre piadosos bisbiseos, han elaborado para esta ocasión las reverendas Madres del Carmen Descalzo. Que Dios les pague esta consolación que ponen en esta nuestra noche oscura...

Así habla Rafael sobre este recio perfil de nuestro local entorno:

EL AIRE DE JAEN

Amigos de San Antón; invitados a esta acogedora morada del jocosos señor don Juan Castellano de Dios:

Comienzo mi intervención con unas palabras del cardenal Luciani, antes de ser brevemente Juan Pablo I:

“Muchas veces me he preguntado: -decía- ¿Por qué el Señor expuso con frecuencia las más altas verdades mientras estaba sentado a la mesa? Tal vez porque, durante la comida, la gente abandona toda gravedad y adopta una actitud tranquila, modesta, distendida. Al sentarse a la mesa, disminuyen o desaparecen las preocupaciones y las inquietudes. Los comensales no tiene ánimo polémico y están dispuestos a la acogida y a la simpatía”.

Aprovechando pues, tan benévola situación me atrevo a hablarles a ustedes de

El aire de Jaén

Y le dedico este trabajillo a don Manuel Caballero Venzalá

Me piden que escriba sobre el aire de Jaén.

¿Y de que aire, me pregunto yo, si las últimas generaciones casi lo ignoran?

¡Aquél aire de Jaén!

¿Tanto ha cambiado la climatología local para relegarlo, casi al olvido?

Son ciclos, dicen los meteorólogos; son las manchas solares, apuntan otros.

Sí, así es: largos ciclos que nos hacen pensar en la variación de nuestro clima, pero que, a la larga, volverá a ser lo que fue.

Echad mano, por ejemplo, al libro de José María Fontana “Quince siglos de Clima andaluz”, y comprobaréis estas dilatadas alternativas.

¡Cuán interminables sequías y esterilidad de los campos! ¡Qué terribles hambres mortales, escaseces y carestías! ¡Cuántas epidemias, pestilencias y contagios; plagas de langosta y de pulgones!

Años de mirar siempre al cielo, de esperar y esperar. O años de avenidas e inundaciones destructoras; de rogativas “pro serenitate”; de pedriscos, heladas, desbordamientos, tierras achortaladas, arrasadas. Crecidas incontenibles, ciclones y torbellinos.

Así es Andalucía; así es Jaén y su temperie. Siempre desigual, siempre extremada nuestra santa tierra... Como decía Capilla, una antigua labradora de la calle Espiga: “A grandes secas, largas remojás”.- Dios te ogia, diríamos ahora...

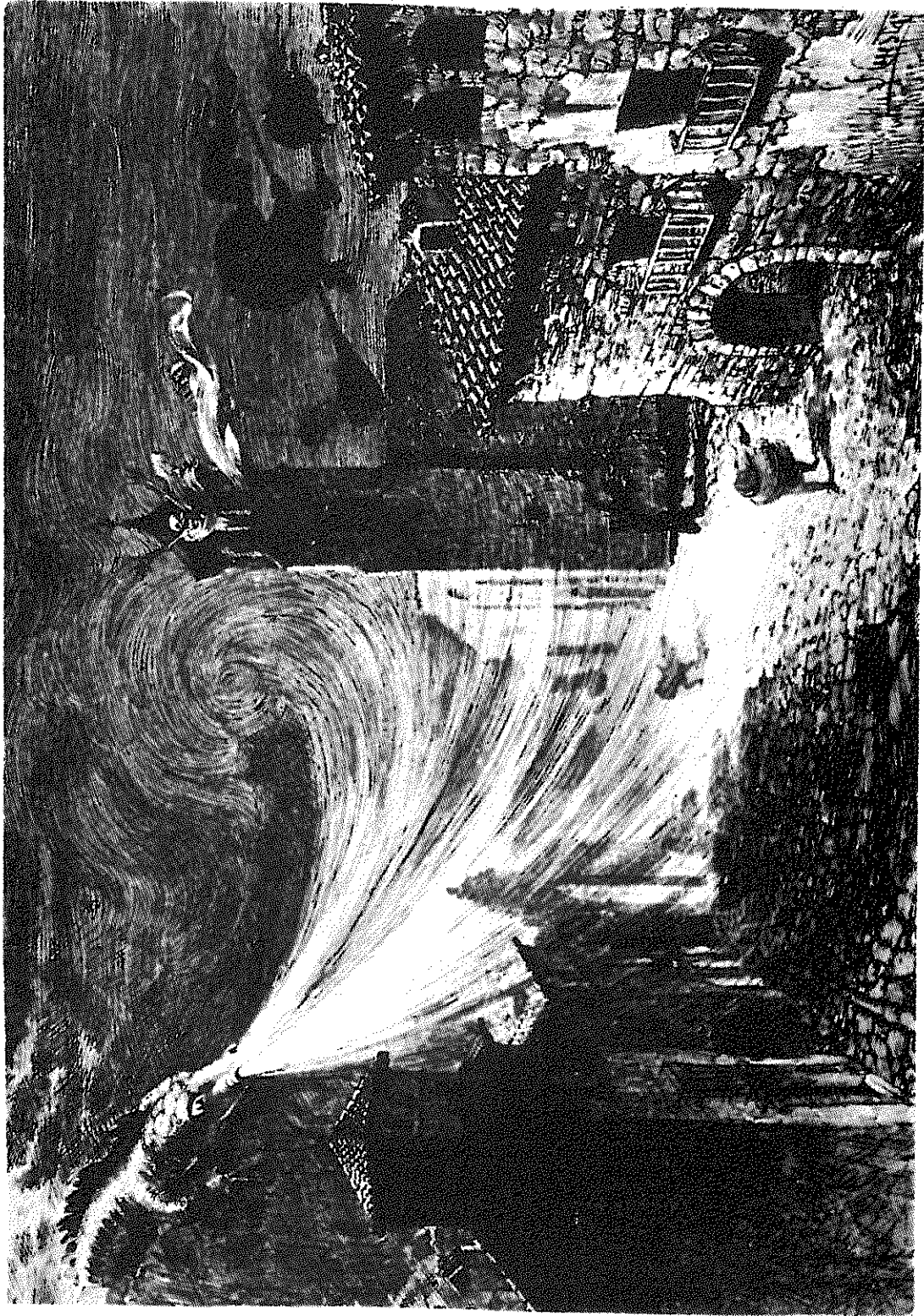
* * *

Pero volvamos al aire de Jaén. Centremos nuestros recuerdos en el aire de Jaén, cuando zumbaba horrisono, adueñándose de las calles, hostigando el oleaje plateado de los olivares.

Tan inseparables fueron siempre el aire y la ciudad, que ya los árabes lo consideraban como un elemento propio del clima local. al-Muqadasi, en el siglo X, se refería al viento de Jaén, “que soplaba con mucha frecuencia y fuertemente”, como era fama.

Quizá sea esta la más antigua cita registrada sobre el aire de Jaén. Por eso la recogemos y no porque vayamos ahora a trazar un estudio histórico del viento de Jaén.

* * *



ALEGORIA DEL VIENTO DE JAÉN, EN LA PLAZA DE LA
MAGDALENA
(M. Serrano Cuesta - 1916-1963)



En toda estación del año, Jaén es ventoso. El aire lo acompaña y lo libra de impurezas. Pero es, sobre todo, cuando el tiempo empieza a removerse, que el aire se presenta airado, encañonándose por los callejones, por las cuestas escalonadas y las plazuelas del casco antiguo.

Es como un heraldo, como un nuncio de la lluvia que viene, que se acerca. Parece que el aire arranca el agua de los nubarrones plumizos, esas primeras aguas que se resisten a caer sobre los campos reseco y sedientos, y que cuando se precipitan, embalsaman el ambiente con el evocador perfume de tierra mojada, de tierra llovida, alivio para la naturaleza que pide un hálito de frescura y de humedad.

Vuelan las hojas caídas, los papeles callejeros, en remolinos polvorientos, que giran y giran y nos ciegan, nos desconciertan. Y cuando el aire cobra impulso, se estrella contra las fachadas, contra las tapias, contra las torres; zarandea la arboleda, levanta las lonas de los circos, los toldos de las casetas, los tenderetes de la feria de San Lucas, que se agua y se desanima...

¡El aire de Jaén!

Es un ventarrón loco, que cambia repentino de norte, vuelve paraguas a los más listos; se lleva sombreros y gorras en un santiamén, que ruedan veloces por la calzada, y tras una persecución inútil, desaparecen por cualquier bocacalle para siempre jamás.

Y cuando el aire toma cuerpo y arroja con furia la lluvia sobre la ciudad, Jaén es como una caja de resonancias que causa pavor. Ruge huracanado, derriba tejas que se hacen tiestos en las losas de las aceras. Se repiten los portazos, vuelan persianas y cortinas; el agua rebosa de las canales, atora los bajantes y se desborda a cántaros sobre la calle. Quiébranse las ramas desgajadas con chasquidos de fractura; las mujeres no aciertan a sujetarse las faldas infladas por rachas indiscretas, inesperadas. Y a veces, es tal la fuerza del aire de esta tierra, que es necesario agarrarse a las rejas o entrar precipitadamente en el primer portal que se encuentra. Los cables de la luz chocan entre sí con crujidos y relámpagos azules, lívidos; los transeuntes huyen asustados, buscando un refugio...

Se agitan las palmeras desmelenadas, se hunden cobertizos y parrales, y si algún postigo de las ventanas o de los balcones está suelto, se multiplican los golpes secos a impulsos del vendaval desbocado, hasta que los cristales saltan hechos añicos con fragor de vidrios rotos.

Las veletas se revuelven y chirrían agrias y ásperas, e incluso en ocasiones, las campanas suenan solas, como destempladas, sin orden ni concierto.

“¡Es mucho aire, el aire de Jaén!” , como decía un cronista.

Y así horas y horas, días y noches. ¡Y qué noches, las noches de viento en Jaén!

Se va la luz, retumba el aire por el cañón de la chimenea. Cae el hollín, revoca el humo, lloran los ojos:

-Va a llover, dice alguien.

Y llueve, ¡vaya si llueve!

Las cataratas se precipitan desde los aleros con sonidos de agua sobre agua, de agua salpicada. En ocasiones, la lluvia es horizontal, impelida por el airazo que la introduce por las grietas de las paredes, por las juntas de los cristales, formando pompas que revientan en cadena.

Silba el viento por las oquedades; se cuele por las rendijas, por bajo de las puertas; mueve cortinajes y colgadoras, que semejan fantasmas en la penumbra, y hasta nuestras camas llega el soplo endemoniado. Nos despertamos, nos desvelamos. Todo son pasos de aire, crujidos, rumores en la oscuridad. La casa parece el puerto de Pitillos.

Es el aire de Jaén...

* * *

Almendros Aguilar, Catalina Mir, Alcalá Venceslada, González López... escritores que captaron con sus plumas el famoso aire de Jaén. Aquél aire huracanado que en un 19 de diciembre de 1945 arrancó de cuajo la cruz del castillo, arrojando el kiosco de la música contra los bancos de la plaza de Santa María; aquel aire que a su paso devastador abatía postes de luz y del teléfono y dejaba a la ciudad incomunicada.

O aquél vendaval del doce de diciembre de 1957 que levantó el muro y la pantalla del cine Rosales, cayendo sobre una casa de vecinos que aplastó y produjo cuatro víctimas.

Pero que decir más sino de aquella noche de San Andrés de 1959, en que la violencia del viento, a ciento veinte kilómetros por hora, abrió la puerta del Perdón de la Catedral, doblando los gruesos barrotes de hierro y retrancas que la aseguraban. Ni el parque de bomberos podía cerrarla, pues las ráfagas la abrían otra vez de par en par, resonando el órgano con gemidos y lamentos horrorosos durante las tres horas que estuvieron las dos hojas abiertas.

Aquella espantosa noche saltaron las chapas de zinc que recubrían la cúpula del teatro Cervantes, y recuerdo que las veíamos lanzadas por el viento como hojas volanderas, como prospectos en alas del viento. El apagón sumió en tinieblas a la ciudad y el agua se cortó. Cayeron cornisas y chimeneas, se derribaron farolas, y grandes árboles quedaron atravesados en la carrera de Jesús, en el camino de la Estación y en el de Madrid, interceptando el tráfico. Hubo heridos, fuego en la orujera y hasta un bombero fue arrojado al jamilón de la fábrica de Carbonell.

Así era el aire de Jaén, así lo hemos sufrido.

Y si a veces se paraba en seco, reinando de repente una calma insólita, un silencio hosco y extraño, pronto volvía, de golpe, como un ciclón, como si se echara encima, sin esperarlo, un tren expreso a toda velocidad, envolviéndonos en su fragor, en una trepitación insoportable.

¡El viento de Jaén!

¿O es que no habéis escuchado su bronco crescendo, su concierto ensordecedor, fustigando la ciudad?

A pesar de lo galano en el decir y de lo concertado en la descripción, la luz que cae de plano sobre la monda y lironda cabeza del Académico, no sorprende una sola gota de sudor.

Con esta misma facilidad se desenvuelve el Clérigo frente a las yemas de Santa Ursula. Su talante devoto es altamente ejemplar; no sólo se propone venerar a la Santa, sino también a todas y cada una de sus once mil compañeras de martirio con la alabanza de una yema.

El Prioste, apercebido de la fervorosa pataleta que abate al Clérigo y con grande amor para con los demás comensales, consigue distraer al orate, llamando a pagar su escote de cháchara al serio discípulo de Serlio, el grave maestro de la Arquitectura, Luis Berges Roldán.

El Clérigo, que todo lo reduce al cristal de sus propios y desventurados **antojos**, se conmueve ante la llamada y desiste de su anterior intento por haber perdido la cuenta de las Once Mil Virgenes.

Una plática de edificación nunca está de más; más aún, si esta viene adobada por un sujeto tan edificante. Por eso, se dispone a no perder palabra y en el ínterin aumenta con la mano el pabellón auditivo, por aquello de la suave entonación que se gasta el platicante.

Así, con las trompas de Eustaquio reforzadas, el desatado Clérigo llega en su transporte hasta la misma *Rzeczpospolita Polska*, mientras Berges platica de este modo:

Escribe el historiador polaco, profesor **ADOLF CIBOROWSKI**:

“El rango de ciudad capital, conlleva, no sólo honores y funciones políticas, sociales y culturales, sino también la posibilidad de cierto peligro. En más de tres mil años de pasada historia, varias ciudades fueron destruidas por el enemigo, simplemente, porque fueran las capitales de estados invadidos, ciudades predestinadas a la aniquilación”.

* * *

Os voy a contar, Amigos de San Antón, amigos de los Amigos de San Antón, todos amigos míos que, simplemente por eso, aquella hermosa ciudad había sido condenada a su total destrucción. Al igual que le ocurriera en el 586 (A. C.) a **JERUSALEM** a manos de **NABUCODONOSOR**, a **CARTAGO** a manos de las legiones de **ROMA** y a **TENOCHTITLAN**, la antigua capital del Imperio **AZTECA**, a manos de **HERNAN CORTES**, aquella hermosa ciudad que cada amanecer se miraba en el **VISTULA**, había sido condenada a ser borrada de la faz de la **TIERRA**.

Todo fue planificado con la precisión y eficacia de la acción militar, con la frialdad que produce el odio, con la tranquilidad de no contarse ya con ninguna fuerza oponente.

Potentes minas fueron colocadas en los sótanos ó en las partes bajas de cada casa, a lo largo de cada calle, a lo ancho de cada barrio, como nudos de una malla cerrada de locura.

Y cuando la salvaje orden de voladura fue consumada, la hermosa ciudad y sus 700 años de historia, no fueron más que una inmensa, impenetrable y espesa nube de polvo y humo, que flotando durante días y días, permaneció anclada al propio suelo, como si ella misma no pudiera salir de su asombro, de su estupor de muerte, de su propio espanto. Como si no se resignase todavía a integrarse en la misma nada. A depositarse y mezclarse con la tierra.

En uno de sus últimos discursos en el **REICHSTAG**, exclamó **HITLER** con satisfacción: “Varsovia es ya, solamente, un nombre geográfico en el mapa de **EUROPA**”.

El 7 de Enero de 1945, el ejército conjunto ruso-polaco liberaba los 124 Km² de heladas ruinas que fueran la capital de **POLONIA**.

Se hizo balance: el 85% de los edificios habían sido destruidos totalmente; y se tendrían que retirar 20 millones de m³ de escombros.

La potente tecnología de ESTADOS UNIDOS fue consultada. Y los americanos contestaron que el tema a resolver escapaba de las posibilidades y del tiempo de una generación. Era mucho más fácil hacer una nueva ciudad junto a la destruida, dejando ésta como ejemplo muerto de lo que el hombre fue capaz de hacer al hombre.

Tan sólo dos semanas después, la nación entera había decidido reconstruir aquella que fuera su hermosa ciudad. Quizá en nuevos amaneceres, volviera a asomarse al río, tendiendo su hermosa silueta sobre la superficie cambiante de las aguas.

Fueron recorridos los museos y pinacotecas de todo el mundo a la búsqueda en la pintura elegante de los siglos XVII y XVIII, de cualquier escena, de cualquier paisaje urbano de la desaparecida VARSOVIA. Se recopilaron los grabados antiguos sobre ella; se seleccionaron las arrugadas y pálidas fotografías rescatadas del polvo. Se recurrió a la gran obra de CANALETTO, pintor-arquitecto italiano que trabajara intensamente para las Cortes de CENTROEUROPA.

Hoy día, cuando tras treinta y seis años de inteligente y tozuda reconstrucción, hemos tenido la oportunidad de adentrarnos en la Ciudad Vieja, el inolvidable casco antiguo de VARSOVIA, el asombro nos ha invadido. Una oleada de atropelladas y sobrenaturales emociones nos llenó los sentidos y el propio espíritu.

Y en más de una ocasión, luchamos por reprimir un sollozo. Es que si no hubiese sido por lo que habíamos leído o nos habían contado, o lo que habíamos visto previamente en documentales cinematográficos, o lo que las fotografías nos habían mostrado de lo que fue el espantoso proceso de destrucción, habríamos creído estar en la misma ciudad de hace tres, de hace cuatro siglos.

Muchas cosas coexisten en el hombre, que por no ser tangibles o computables, no se cuenta para nada con ellas. Ni con la gran fuerza que emanan, como inmensa y silenciosa energía.

A lo largo de una semana entré y salí; anduve y deshice caminos, asombrado y espiritualmente integrado en aquella maravilla de orden, limpieza, civismo, equilibrio, color, serenas proporciones y delicadas bellezas que componen el todo que es la Ciudad Vieja, en la capital de la vieja POLONIA. Cuando dibujaba, detenía mi mano sobre el cuaderno por unos instantes, cerrados los ojos al tema, abiertos los oídos; y aspiraba profundamente el aire. Sabía que de esta forma, todo ese sutil encaje de elegantes sensaciones urbanas, quedaría prendido para siempre entre los trazos del propio dibujo. Y luego, cuando los contemplara, pasarían a ser parte de mi propio yo, de mi mundo interno de sensaciones, unas reales, otras soñadas. Hoy de nuevo, la hermosa ciudad se mira en el vertiginoso río, mientras discurre el agua sin pretensiones de retener su imagen.

Y contemplarla deambulando por sus orillas, resulta ser una de las secuencias más vivas y más delicadamente compuestas que poder saliera de la creatividad arquitectónica, de la cultura de una sociedad, de la serenidad de los tiempos.

Agujas de la Catedral de San Carlos, torres de la Iglesia de Santa Ana, de la de la Santa Cruz donde el corazón de Federico Chopin reposa, de la de Los Evangelistas; cúpula de la del Sacro Sacramento; mansardas de las altas cargas que configuran la plaza del Mercado... Todas cabeis en mi alma.

Además de ver y sentir, también aprendí algo en mi reciente viaje por POLONIA. Quizá lo más importante fuera, el haber hallado la diferencia, no tan sólo de matices, sino mucho más profunda, que existe entre lo que reconstruir puede significar y nuestra y lo que restaurar trata de aparentar y ocultar.

Estos dos criterios arquitectónicos que han sido enfrentados entre sí, hasta hacer escuelas e incluso, estúpida polémica, no son, así creo, ni más ni menos que las dos resultantes de actuar, en la recuperación de la permanencia de un pasado, o bien con el corazón caliente, o bien con el frío cerebro. Al menos, así lo he comprendido ahora.



VARSOVIA, 21^{da}
CASAS DE LA CIUDAD
VIEJA. LUIS BERGES.

VARSOVIA.- CASAS DE LA CIUDAD VIEJA
(Luis Berges)



VARSOVIA 6^{da} DESDE LA
BARBACANA.
LUIS BERGES.

VARSOVIA.- VISTA DESDE LA BARBACANA.
(Luis Berges).

Porque cuando al hombre le es necesario vivir inmerso en la ciudad, y ésta es para él, además de simple y paciente soporte de su personal existencia, de su laborar diario, el receptáculo de su amor para todo lo que es presente, para el presente que se hizo pasado y para el futuro que se hará presente, le es vital, digo, contar para ello con la imagen real de su ciudad, tal como es, tal como fue; o lo que es lo mismo, tal como ha de seguir siendo en una incontenible suma de presentes.

Pero cuando esta necesidad no exista, porque no es completo nuestro amor, o porque somos incapaces de convivir respetuosamente con todos los conceptos de todos los tiempos, entonces, recurrimos a la intelectual y aséptica restauración. A lo que, en definitiva, no nos enlace o comprometa con algo que por naturaleza, nunca aprendimos a amar.

Aún se reconstruye en VARSOVIA. Se está completando la última pieza de su filigrana arquitectónica urbana. Se está reconstruyendo el Castillo Real. Las obras están siendo financiadas exclusivamente por los donativos de todos los polacos, incluso de los que viven fuera de la PATRIA, en cualquier rincón del GLOBO.

Todo un respetuoso concepto.

Y si sois observadores y miráis al suelo, el granito brillante de luz y de agua de todos los pavimentos de sus tranquilas calles y plazas, se oprime el silencio mate y gris de sus aceras. Están hechas con baldosas que se fabricaron con los escombros de aquellos 20 millones de m³, que mover no quisieron.

Todo un inmenso símbolo para caminar de nuevo.

* * *

Por lo que os acabo de contar, amigos míos y por lo que quizá no fuí capaz de captar, desde 1980 la Ciudad Vieja de VARSOVIA figura incluida por la UNESCO en la lista del patrimonio cultural del mundo.

En esa culta selección que podrá mostrar, quizá, a los seres de otros mundos, lo que el hombre de este PLANETA tuvo en su existencia como claros conceptos de convivencia y de respeto.

Frente al Castillo Real y en el centro de la bella plaza de su nombre, una alta columna soporta, sobre capitel y entablamento corintios, la silenciosa figura del REY SEGISMUNDO III, primero PRINCIPE en "LA VIDA ES SUEÑO".

Otro poeta ha dicho que, en la vida de todo hombre es llegado el momento en el que tiene que darle tiempo a sus propios sueños.

Cabría añadir aquí, que lo único importante del hombre, que fue soñador y abandonó la tierra, es lo que pudo dejar tras sí en forma de sueños. O lo que es lo mismo, su obra.

Pero bien soñada. Pero bien hecha.



El Agradecido y los confratres se refocilan en un mar de eslávica admiración. Un mucho de Chopin se ha adentrado en las entretelas del corazón.

Para no decaer en lo melancólico, bien viene una copa de Anís del Castillo de Jaén.

Mi alto y serenísimo señor, el Prioste de la Venerable Confraternidad, sin necesidad de ayuda alguna, se suelta la lengua con el sobrio gracejo que le es connatural. Todos escuchan con la atención debida a su magisterio, siempre discreto y apoyado enazonadas razones.

Sólo el Clérigo lanza impertérrito su último dislate:

*Habla, habla, mi Señor...!
Que ya no queda en la mesa
mas que un trozo de alfajor.*

*Alfajor, que bien compuso
el buen maestro Campillo,
y, con él, pierdo de suso
hasta el último tornillo.*

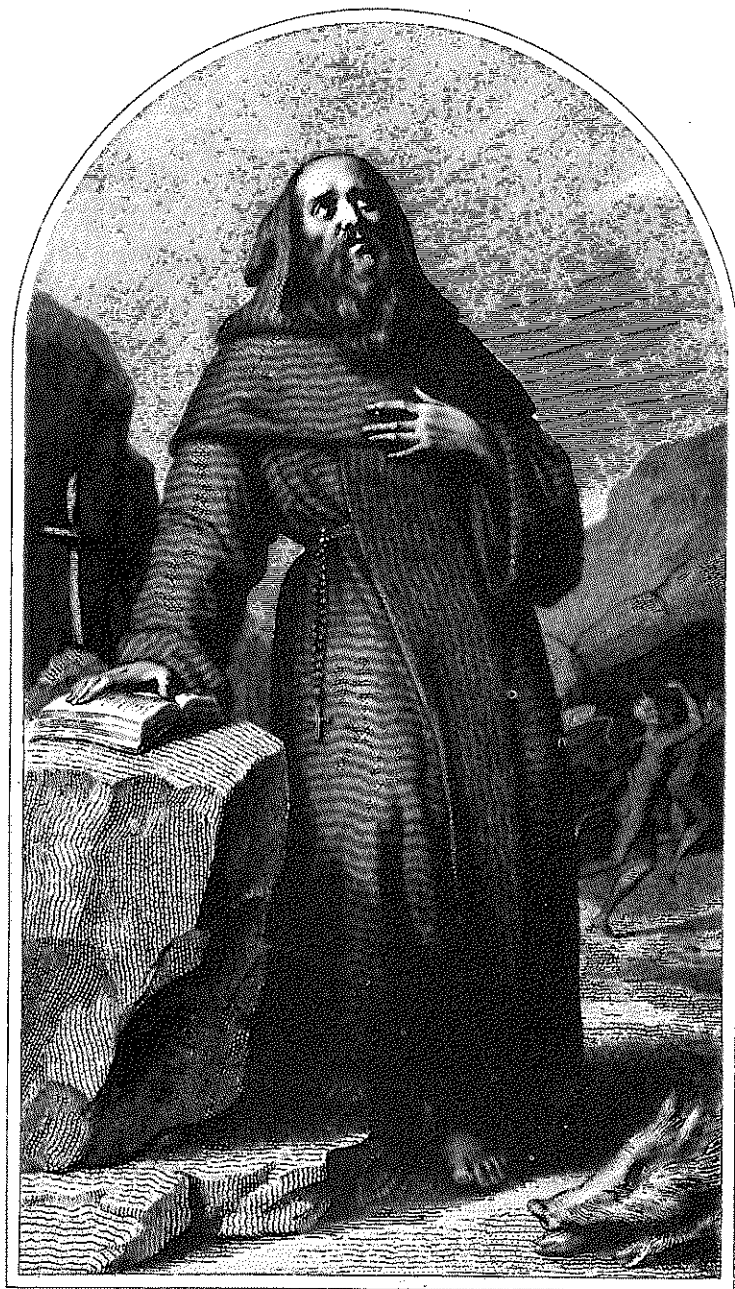
*Habla, habla, mi Señor...!
Yo me encuentro muy confuso...
Terminóse el alfajor.*

En el entretanto, Pedro Casañas Llagostera va diciendo:

Con toda sinceridad he de decir, que había hecho propósito firme de no hacer parlamento en esta Cena Jocosa de 1981, dado que lo había hecho ya en años anteriores y en base también al suficiente número de intervenciones previstas. Pero a fuer de sincero, también he de decir, que a última hora, concretamente anoche, no pude resistir la tentación de decir alguna cosa que sirviera de despedida, de esta entrañable y agradabilísima convivencia que hemos tenido.

Nos dice el poeta: anoche cuando dormía, soñé, bendita ilusión, y anoche, precisamente cuando me dormía, soñaba pensando en todas estas cosas nuestras, muy despegado por cierto del quehacer de cada día, pensaba que en verdad tenían cierta trascendencia todos estos desvelos que estamos teniendo y, así, pensando y soñando me imaginaba la composición de lugar que se haría Don Baltasar del Alcázar para enjaretar su Cena, esa que precisamente hoy nos une, de sus vivencias en ella reflejadas, Inés, el entramado de mesa y sus sabrosas viandas, la estancia acogedora alumbrada por la vacilante luz de los candiles, la taberna del Castillo o del Cantillo, adivinaba la apostura de Don Lope de Sosa y la compostura del Criado Portugués, hoy por cierto muy útil a los Amigos de San Antón.

Por consecuencia, ya relacionaba al Cronista Cazabán que supo infundir vida a una obra aletargada, a Alcalá Venceslada que nos cuenta jocosamente lo que no se contó en aquella Cena, y por consecuencias también nos veíamos en el marco esplendoroso del Parador del Castillo en el año setenta y ocho, en aquel cincuenta aniversario que fuera piedra de toque para estas celebraciones, o el ambiente acogedor que nos deparó Rafael Ortega en la Casería de San Rafael el año setenta y nueve, o en el regusto señero y agradable de la Casa de la Palmera de Luis Berges en el año ochenta, y cuando llegaba al número ocho de la calle Príncipe Alfonso, quedé profunda y sosegadamente dormido. Si amigos, dormí para despertar en una realidad dichosa que es la que hoy estamos viviendo. La satisfacción de celebrar esta reunión en una noble casa, restaurada y rescatada para Jaén. Puedes estar orgulloso querido Juan y tener la completa seguridad de que esta Cena será un eslabón más en los felices sueños de los que todavía soñamos.



LAMINA DEL SIGLO XIX, QUE PRESIDE EL SALON DONDE
CELEBRAN LOS AMIGOS DE SAN ANTON, CADA 16 DE ENERO,
LAS VISPERAS DE ESTE SANTO
(Propiedad de Pedro Casañas)

Creo que de alguna manera, vamos haciendo labor, vamos dejando algún poso. Hemos de perseverar en nuestro amor a Jaén, que en definitiva es amor a España, dándole algo con sentido, algo que perdure, sacando tiempo de nuestro tiempo. Nos debe ser muy útil la parábola de los talentos.

Las Crónicas de nuestras Cenas, tan magistralmente redactadas, quedarán para la posteridad como una realidad palpable y está en nuestro ánimo el ir superándonos cada año.

Y por fin y antes de que se levanten los manteles, me hago portavoz de todos los asistentes, para expresarte nuestro reconocimiento por tu generosa hospitalidad. Todos estamos, amigo Juan, dichosos y contentos de tí, y tengo la certeza plena, de que con haber celebrado la Cena en tu casa, has pasado hoy, sino el día más feliz, sí uno de los más felices de tu vida, lo cual es motivo de una enorme satisfacción para todos. Para tu esposa, nuestro reconocimiento y gratitud por sus desvelos y afanes para que todo estuviese a punto.

Señores, mis mejores deseos para que en las vísperas de Santa Catalina de 1982, nos volvamos a reunir en la paz, la concordia y la sana alegría que hoy hemos disfrutado.

Cuando se dice la última palabra, ésta cae en el vacío. Están vacíos los platos, vacías las jarras... Vagamente se perciben los últimos detalles del solemne ritual: el sorteo de la humilde vajilla... Lágrimas escuálidas resbalan sobre las secas mejillas del Agradecido, porque...

Aquí se acaba la Cena para honra de Señora Santa Catalina, cuando los gallos anuncian el final de los Maitines y suenan las tres en el reloj del antiguo y observante Convento de N. S. P. S. Francisco.

PROTESTA DEL AUTOR:

Todo lo anteriormente escrito y descrito lo someto a la censura y autoridad del Magnífico Prioste y Venerable Confraternidad de "Amigos de San Antón", en cuyos aledaños, como donado de Santa Catalina, quiere honestamente vivir y cristianamente morir.

En esta ciudad de Jaén, a treinta días del dichoso mes de Noviembre de mil novecientos ochenta y uno, fiesta del glorioso San Andrés.

EL CLERIGO AGRADECIDO

